

LA OUIJA

# La Ouija

¡Quiere mi Alma!

José Arturo Sarabia Campos

LA OUIJA

# LA OUIJA

*¡QUIERE MI ALMA!*

*José Arturo Sarabia Campos*



LA OUIJA

Terror Paranormal

Primera edición 2025

© Escritor y Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798242590984

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

# ÍNDICE

DEDICATORIA .....	5
PRÓLOGO .....	7
CAPÍTULO 1 JUGAMOS A LA OUIJA .....	9
CAPÍTULO 2 MIGUEL ESTÁ POSESO .....	16
CAPÍTULO 3 LA BESTIA QUE VIVE EN MI .....	24
CAPÍTULO 4 UN DEMONIO SUCUBO .....	32
CAPÍTULO 5 SE LE SUBIÓ EL MUERTO .....	39
CAPÍTULO 6 LOS INVESTIGADORES PARANORMALES .....	47
CAPÍTULO 7 LOS ESPÍRITUS VIENEN POR ANA .....	56
CAPÍTULO 8 EXORCISAN A UNA MONJA .....	62
CAPÍTULO 9 EXORCISAMOS A CARLOS .....	67
CAPÍTULO 10 CERRAMOS EL PORTAL .....	74
CAPÍTULO 11 EL PADRE RAMÓN ES POSEÍDO .....	82
CAPÍTULO 12 SE ACERCA EL FINAL .....	88
CAPÍTULO 13 EL SACRIFICIO .....	94
EPÍLOGO .....	103
AGRADECIMIENTO .....	105

# DEDICATORIA

A todos los lectores que, con valentía y curiosidad, decidieron comprar este libro y adentrarse en las sombras de La Ouija:

Esta novela es para ustedes.

Para aquellos que, como yo, crecieron escuchando historias de terror en la penumbra de su casa, con la abuela que advertía que «con esas cosas no se juega». Para los que han sentido alguna vez un frío inexplicable en una habitación vacía, o han oído un susurro cuando nadie más estaba. Para los que saben que el verdadero terror no siempre viene de monstruos con colmillos, sino de los errores que cometemos cuando queremos crecer demasiado rápido, cuando creemos que podemos controlar lo que no entendemos.

Gracias por elegir este libro entre tantos otros.

Por confiar en mí lo suficiente como para dejar que estas páginas los inquietaran, los hicieran rezar un Padre Nuestro extra antes de dormir, o mirar dos veces una tabla vieja en un mercado de antigüedades.

Este libro no habría sido posible sin ustedes. Cada vez que alguien compra una copia, que la recomienda a un amigo, que la presta con la advertencia «no la leas de noche», le da sentido a las horas solitarias frente a la pantalla, a las noches en que yo mismo sentí frío mientras escribía. Ustedes son los que mantienen viva la tradición del terror: esa necesidad humana de mirar al abismo para entender mejor la luz.

Gracias por recordar, al cerrar la última página, que el mal siempre acecha... pero que también siempre hay alguien dispuesto a enfrentarlo. Gracias por llevar un pedacito de esta

## *LA OUIJA*

historia en su mente, en sus sueños, en sus conversaciones susurradas.

Esta novela les pertenece tanto como a mí.

Con profundo agradecimiento, un poco de miedo compartido y la esperanza de que, dondequiera que estén leyendo estas líneas, haya una luz encendida cerca.

El autor.

## PRÓLOGO

En las profundidades de la Ciudad de México, donde las casonas del porfiriato se alzan como fantasmas de una época de esplendor y secretos, yace un mal que nunca duerme del todo. Es un mal antiguo, tejido en los rituales fallidos de hombres ambiciosos que, a finales del siglo XIX, creyeron poder dominar fuerzas más allá de la comprensión humana. Esteban Ruiz fue uno de ellos: un ocultista obsesionado con la riqueza eterna, que en 1895 invocó algo que no pudo controlar. Su familia pagó el precio primero; luego, la tabla que usó para abrir la puerta —una Ouija tallada a mano, con letras góticas y símbolos prehispánicos disfrazados— quedó como ancla, a la espera de nuevas manos imprudentes.

Décadas pasaron. La casa cambió de dueños, de historias, de tragedias silenciosas. La tabla fue escondida bajo una tabla suelta del piso, en una caja polvorienta marcada con una palabra que nadie se atrevía a pronunciar en voz alta. Los niños que jugaban en el sótano sentían frío inexplicable; los adultos oían susurros que atribuían al viento colándose por grietas invisibles. Pero el mal esperaba, paciente como solo lo es lo eterno.

En 1932, un bisabuelo compró la casona, atraído por su belleza decadente y su precio sospechosamente bajo. Su familia creció allí, ajena al secreto enterrado. Generaciones jugaron en esos pasillos, rieron en esas recámaras, sin saber que debajo de sus pies yacía una puerta entreabierta al abismo.

Hasta que llegó una generación de adolescentes.

Jóvenes como cualquier otro: inquietos, ansiosos por independencia, hartos de reglas y límites. Quince años, casi dieciséis, con sueños de dinero fácil, de fiestas, de chicas que los miraran como hombres y no como niños. Un grupo de amigos unidos por la escuela, el parque, las tardes robadas al

## LA OUIJA

aburrimiento. Uno de ellos, el más escéptico, el que siempre se burlaba de las supersticiones de las abuelas, encontró la caja. La tabla salió a la luz una noche de tormenta, cuando la lluvia golpeaba las ventanas como dedos impacientes.

—Es solo un juego —dijo él, riendo.

Y jugaron.

Al principio, risas nerviosas. Luego, movimientos que nadie empujaba. Palabras que se formaban solas: T-U... A-L-M-A...

No sabían que cada letra era un clavo más en la puerta que se abría. No sabían que La Legión —esa entidad múltiple, antigua, hambrienta— había esperado un siglo por voces jóvenes, por incredulidad adolescente, por el deseo ardiente de ser más grandes de lo que la vida les permitía.

Esta es su historia.

La de un grupo de amigos que, por querer sentirse adultos, despertaron algo que nunca debió salir de su tumba.

La de una parroquia que se convirtió en campo de batalla.

La de un sacerdote que entendió, demasiado tarde y demasiado pronto, que a veces la única forma de cerrar una puerta al infierno es sacrificar la llave.

Y la de una tabla que, aunque quemada, rota, enterrada, siempre encuentra el camino de regreso.

Porque el mal no muere.

Solo espera.

Y cuando jóvenes manos la tocan de nuevo, vuelve a susurrar:

¿Quieres jugar?

## CAPÍTULO 1 JUGAMOS A LA OUIJA

—¡Ayúdenme, por favor! ¡Tengo mucho miedo! —grité en la oscuridad, pero mi voz se ahogó en un eco distorsionado, como si la casa misma se burlara de mí.

Todo empezó de manera sutil, casi juguetona, pero pronto se convirtió en una pesadilla que me devoraba el alma. Primero, me apagaban la luz de la habitación mientras intentaba dormir. Pensé que era una broma de mis padres, o quizás un corte de energía. Pero no. El foco se apagó de pronto, y el aire se volvió gélido, como si una corriente helada entrara por las grietas invisibles de las paredes.

Luego, me quitaban la almohada. La sentía deslizarse bajo mi cabeza, y al abrir los ojos, la veía volar por el aire antes de estrellarse contra el piso. Al principio, me levantaba con una risa nerviosa, trataba de convencerme de que era el viento o mi imaginación. Pero los ruidos extraños debajo de la cama vinieron después: rasguños leves al inicio, como uñas que rozaban la madera, luego golpes más fuertes, como si algo se retorciera allí abajo, a la espera de poder salir.

Todo iba en aumento, escalaba hacia el terror puro. Ayer, mientras leía un libro en mi cama, intentaba distraerme de los problemas del día, sentí un tirón violento en los pies. Mis tobillos ardieron de dolor cuando unas manos huesudas, pálidas y cubiertas de venas negras como raíces podridas, emergieron de la oscuridad en la pared. Me agarraron con fuerza sobrenatural, tiraron de mí hacia abajo, como si quisieran arrastrarme al abismo. Grité, pataleé con desesperación, y logré liberarme solo porque el corazón me latía tan fuerte que pensé que explotaría. Cuando miré, las manos se desvanecieron en un humo negro, dejaron solo el eco de una risa gutural que reverberaba en mis oídos.

A la mañana siguiente, me desperté con marcas en la espalda: arañazos profundos, como si garras invisibles hubieran trazado surcos en mi piel durante la noche. Sangraban un poco, y el espejo del baño me devolvió una imagen aterradora: líneas rojas que formaban patrones extraños, como letras que no entendía. Me preguntaba mientras me vestía, ¿qué sigue? ¿Me arrastrarán al infierno mientras duermo? ¿Me poseerán por completo?

Permítanme contarles un poco sobre mí para que entiendan cómo llegué a esto. Me llamo Juan, soy un joven de quince años, a punto de cumplir dieciséis en unos meses. Vivo en una casa antigua en la Ciudad de México, con mis padres, que parecen no entender que ya no soy un niño. De un tiempo a la fecha hemos tenido muchos desacuerdos. Quiero salir con mis amigos, no a jugar con carritos o canicas como cuando era pequeño, sino a fiestas, a cines, a lugares donde pueda sentirme vivo. Estoy harto de no tener dinero. ¿Cómo voy a conquistar a una chica que me gusta si no tengo ni un peso en el bolsillo? Estudio una carrera técnica, así que no puedo trabajar, y el dinero que me da mi papá de vez en cuando apenas alcanza para un refresco y un boleto de metro. Él siempre dice que tiene gastos en la casa, y se que tiene la razón, pero mis amigos parecen tenerlo todo: salen con chicas, tienen novias, compran ropa nueva. Yo no quiero que me vean como un niño inmaduro. Necesito independencia, dinero propio, para sentirme como un hombre.

Pero ahora, todo eso palidece ante el horror que me acecha. Acepto que fue mi culpa. Jugamos con la Ouija, y yo, escéptico como era, me burlé de ella. ¿Cómo iba a saber que en realidad servía para comunicarse con los espíritus? Al principio, me daba risa. Nos reuníamos en la casa de Carlos, mi mejor amigo, sentados alrededor de una mesa vieja en su sótano húmedo. Poníamos las manos sobre un triángulo de madera, y mis amigos juraban que se movía sola. Yo pensaba que era una broma:

alguno de ellos la empujaba para asustarnos, para hacernos reír. «Es solo un juego», decía yo.

Esa tabla perteneció a la abuelita de Carlos. Él nos contó la historia una noche de tormenta, con la lluvia que golpeaba las ventanas como dedos impacientes. Cuando su bisabuelo llegó a la Ciudad de México en 1932, compró una vieja casona construida en 1890, un caserón del Porfiriato, lleno de secretos y ecos de tragedias pasadas. La abuelita de Carlos era apenas una niña cuando, al jugar en una de las recámaras abandonadas, notó que una tabla del piso estaba suelta. Al levantarla, encontró una caja de madera polvorienta, grabada con la palabra «Ouija» en letras góticas. Dentro estaba la tabla: un tablero de madera oscura, con letras talladas a mano, números del 0 al 9, y palabras como «Sí», «No», «Adiós». Se decía que la casa había pertenecido a un ocultista que realizaba sesiones espiritistas en los tiempos de Porfirio Díaz, y que uno de esos rituales había salido mal, que había liberado algo maligno que nunca se fue.

Desde que jugamos con ella, las cosas raras no pararon. Una vez, estaba con mi mamá en su recámara, platicábamos sobre mi escuela, cuando la luz se apagó de golpe. Ella bromeó: «Debe ser un duende juguetero». Yo me levanté para encenderla de nuevo, pero al tocar el interruptor, sentí una descarga eléctrica que me recorrió el brazo. Esa noche, cuando me fui a dormir, la luz se apagó otra vez. Tenía mucho sueño, así que no investigué. Pero en el fondo, sabía que no era normal. Algo me observaba desde las sombras, al acecho.

Los días siguientes fueron un descenso al infierno. Intenté ignorarlo, convencerme de que era estrés por los problemas con mis padres. Pero los eventos se intensificaron. Una noche, mientras intentaba dormir, oí susurros. Al principio, eran ininteligibles, como viento filtrándose por una ventana rota. Pero luego, se aclararon:

—Morirás... tu alma me pertenece —La voz era ronca, como si proviniera de del mismo infierno.

Me incorporé en la cama, sudaba frío, y miré alrededor. La habitación estaba vacía, pero el aire olía a podredumbre, como a carne descompuesta.

Al día siguiente, le conté a Carlos. Nos encontramos en el parque, bajo un cielo nublado que amenazaba lluvia.

—Fue la Ouija —le dije, mi voz temblorosa.

Él palideció.

—Mi abuelita siempre me lo advirtió que no jugáramos con eso. Que el espíritu o demonio que vive en la tabla es vengativo. Que fue invocado por el antiguo dueño de la casa. Mató a su familia en un ritual fallido y ahora busca almas jóvenes para poseerlas.

No le creí del todo a Carlos, pero esa noche, el terror se materializó. Me desperté a medianoche con un peso sobre el pecho. No podía respirar. Algo invisible me presionaba, como si una mano gigante me aplastara. Intenté gritar, pero solo salió un gorgoteo. En la oscuridad, vi una figura: alta, encorvada, con piel negra y ojos que brillaban como brasas. Gruñó, mostraba dientes puntiagudos, y se inclinó hacia mí.

—Eres mío ahora —susurró, su aliento fétido invadía mis pulmones.

Logré rodar fuera de la cama y encender la luz. La figura desapareció, pero el peso en mi pecho permaneció durante horas. Al amanecer, encontré más marcas: esta vez en mi pecho, como si dedos huesudos hubieran intentado sacarme el corazón.

Decidí investigar. Fui a la casa de Carlos y pedí ver la Ouija de nuevo. La sacamos de la caja, polvorienta y fría al tacto. Colocamos las manos sobre el triángulo.

## LA OUIJA

—¿Estás aquí? —pregunté con voz quebrada.

El triángulo se movió solo: «S-Í»

—¿Qué quieres de mí?

«T-U... A-L-M-A».

Huimos aterrorizados. Esa noche, en mi casa, los ruidos bajo la cama se convirtieron en algo peor. Algo salió: un ser oscuro trataba de salir, una mano primero, luego un brazo, después una cabeza deforme. Se arrastraba hacia mí, gruñía. Corrí al baño y me encerré, pero la puerta comenzó a temblar con golpes violentos.

—¡Déjame en paz! —grité. Los golpes cesaron, pero oí risas: múltiples voces, como un coro de almas condenadas.

Mis padres notaron que algo andaba mal.

—Estás pálido, hijo —dijo mi mamá una mañana.

Intenté contárselo, pero sonaba loco.

—Son solo pesadillas —respondí. Pero no lo eran.

En la escuela, empecé a ver cosas: sombras en los pasillos que se movían solas, rostros en las ventanas que me miraban con odio. Mis amigos se alejaron; decían que actuaba raro, que gruñía en clase sin darme cuenta.

Una noche, invitamos a más amigos para una sesión. Queríamos cerrar el portal. Nos sentamos alrededor de la Ouija en el sótano de Carlos. Al contactar al espíritu y ordenarle que se fuera para siempre, el aire se enfrió de inmediato. El triángulo se movió muy rápido por el tablero: «T-O-D-O-S... M-O-R-I-R-Á-N», las luces parpadearon y se apagaron. En la oscuridad, oímos pasos. Algo nos tocaba: manos frías en los hombros, tirones en el pelo. Uno de mis amigos, Miguel, gritó:

—¡Algo me ha mordido!

## LA OUIJA

Cuando encendimos una linterna, tenía marcas de dientes en el brazo, sangraba un poco.

El pánico se apoderó de nosotros. Corrimos muy rápido, pero la puerta del sótano parecía estar cerrada con llave desde fuera. Golpeamos, gritamos, pero nadie respondía. Entonces, algo se manifestó en las sombras: una ser oscuro, alto y delgado, con una mirada siniestra.

—Me invocaron, aquí estoy... ahora pagarán el precio.

Nos acorraló en una esquina. Sentí su aliento en mi cuello, sus dedos huesudos rozaban mi piel.

De algún modo, la puerta se abrió. Huimos, pero Miguel no fue el mismo. Al día siguiente, lo encontraron en su casa, arañándose la cara, murmuraba palabras sin sentido.

—El espíritu lo posee —dijo Carlos.

Investigamos la historia de la casa. En la hemeroteca, encontramos viejos periódicos: en 1895, el ocultista, un hombre llamado Esteban Ruiz, invocó a un demonio para riqueza eterna. Pero el ritual falló; el demonio mató a su esposa e hijos, devoró sus almas. Ruiz se suicidó, pero el espíritu o demonio quedó atado a la Ouija, a la espera nuevas víctimas.

El terror alcanzó su clímax. En casa, lo habitaba la Ouija me visitaba todas las noches. Me jalaba las cobijas, no me dejaba moverme ni gritar. Mis padres, preocupados por esta situación llamaron a un sacerdote, pero él huyó aterrorizado cuando el demonio lo atacó, dejó una cruz invertida quemada en su piel.

Una noche, solo en mi habitación, decidí confrontarlo. Saqué la Ouija que había prestado Carlos.

—Espíritu, muéstrate.

El tablero vibró. La habitación se llenó de humo negro. Él apareció: era el mismo ser de la vez pasada.

## LA OUIJA

—¿Quieres libertad? ¿Quieres dinero? yo te lo daré a cambio de tu alma —rugió.

Me abalancé sobre la tabla, intentaba romperla. Pero no pude, se volvió flexible.

—Únete a mí —susurró.

Enseguida, visiones me invadieron: almas torturadas, gritos eternos en un abismo de fuego.

Con un último esfuerzo, grité:

—¡En el nombre de Dios, vete! Y me puse a rezar.

La tabla se cimbró. El espíritu aulló, mientras se disolvía en humo. Pero antes de irse, susurró:

—Volveré... siempre vuelvo.

Han pasado semanas. Las marcas se desvanecen, pero los susurros persisten. En las noches, oigo gruñidos bajo la cama. Mis amigos evitan mirarme; Miguel sigue poseído. Mis padres me miran con miedo, como si yo fuera el monstruo.

## CAPÍTULO 2 MIGUEL ESTA POSESO

**H**abían pasado apenas tres días desde esa fatídica sesión en el sótano de Carlos, pero para mí, cada hora se sentía como una eternidad arrastrada por cadenas invisibles. El demonio no me había dejado en paz del todo; sus susurros aún resonaban en las esquinas de mi habitación, como ecos de un pozo sin fondo. Sin embargo, lo que más me atormentaba era la culpa. Miguel, mi amigo de toda la vida, el que siempre tenía una broma lista para aligerar el ambiente, ahora era una sombra de sí mismo. Lo habían encontrado en su casa, arañándose la cara hasta sangrar, y murmuraba palabras en un idioma que nadie reconocía. Sus padres lo habían llevado en una clínica psiquiátrica al principio, pensaban que era un brote psicótico, quizás por estrés o drogas. Pero nosotros sabíamos la verdad: el espíritu de la Ouija lo había reclamado.

Carlos y yo decidimos visitarlo. No podíamos dejarlo solo en esa pesadilla. Llamamos a Ana y a Pedro, los otros dos que habían estado en la sesión. Ana era la más escéptica del grupo, siempre con su lógica implacable, pero incluso ella había palidecido esa noche cuando el triángulo se movió solo. Pedro, en cambio, era el devoto; llevaba una cruz colgada al cuello desde niño y ahora la apretaba con fuerza cada vez que hablábamos del tema.

Nos reunimos en el parque donde solíamos pasar las tardes, bajo el mismo cielo nublado que parecía seguirnos como una maldición. El aire olía a tierra húmeda, y las hojas de los árboles crujían bajo nuestros pies como huesos frágiles.

—¿Estás seguro de que debemos ir? —preguntó Ana, su voz temblorosa a pesar de su intento por sonar firme. Llevaba el cabello recogido en una coleta desordenada, y sus ojos estaban rodeados de ojeras profundas.

—No hay opción —respondí yo, mi voz ronca por las noches sin dormir—. Fue nuestra culpa. Jugamos con esa cosa, y ahora Miguel paga el precio. Si no hacemos algo, ¿quién sabe qué le pasará?

Carlos asintió, su rostro pálido como el de un fantasma. — Mi abuelita siempre decía que una vez que un demonio entra, no sale solo. Necesitamos ayuda profesional. Pero primero, veamos cómo está.

Pedro se persignó. —Rezaremos por él. Dios nos protegerá.

Llegamos a la casa de Miguel por la mañana, sabíamos que sus padres estarían en el trabajo. Era una vivienda modesta en un barrio obrero de la Ciudad de México, con paredes agrietadas por el tiempo y un jardín descuidado donde las malezas se enredaban como serpientes. La puerta principal estaba entreabierta, como si la casa misma nos invitara a entrar en su trampa. Llamamos, pero no hubo respuesta. Empujé la puerta con cautela, y un hedor nauseabundo nos golpeó: una mezcla de sudor rancio, orina y algo más, algo podrido, como carne en descomposición.

—Miguel... ¿estás ahí? —llamé, mi voz resonó en el pasillo oscuro.

Un gruñido bajo respondió desde el fondo de la casa. Nos miramos, el miedo palpable en el aire. Avanzamos por el corredor, pisábamos con cuidado sobre el piso de mosaico resquebrajado. Las paredes estaban cubiertas de arañazos, como si uñas afiladas hubieran intentado rasgar la realidad misma. En una de ellas, vi manchas de sangre seca que formaban patrones extraños, similares a los que había encontrado en mi propia espalda.

Entramos en la sala. Allí estaba Miguel, atado a una silla con correas improvisadas de cuero y cadenas. Sus padres lo habían confinado así después de que intentara atacarlos. Estaba irreconocible: su piel, antes morena y saludable, ahora era un

lienzo grisáceo surcado por venas negras que pulsaban como gusanos bajo la superficie. Sus ojos, inyectados en sangre, nos miraban con un odio primigenio, su boca se torcía en una sonrisa que no era humana y revelaba dientes amarillentos y afilados, como si hubieran crecido durante la noche.

—Amigos... —susurró, pero su voz no era la de Miguel. Era un ronroneo gutural, múltiple, como si varias entidades hablaran al unísono desde su garganta—. Han venido a jugar de nuevo. Qué... divertido.

Ana retrocedió un paso, cubriéndose la boca para no vomitar. Pedro sacó su cruz y la levantó como un escudo. Carlos y yo nos acercamos con lentitud, el corazón latíendome en los oídos como un tambor de guerra.

—Miguel, soy yo, tu amigo —dije, intentaba sonar calmado—. ¿Qué te pasa? Dinos cómo ayudarte.

Él echó la cabeza hacia atrás y rio, un sonido que reverberó en las paredes, hacía que los cuadros temblaran.

—Miguel ya no está. Solo quedamos... nosotros. Invocados por su estupidez. La Ouija nos abrió la puerta, y ahora devoramos su alma pedazo a pedazo.

De repente, su cuerpo se convulsionó. Las cadenas chirriaron mientras él tiraba de ellas con una fuerza sobrenatural. Una de las correas se rompió con un chasquido seco, y su mano libre se extendió hacia mí, los dedos torcidos como garras.

—Ven, únete a nosotros. Tu alma es joven, fresca... como la de él.

Retrocedí, pero no tan rápido. Sus uñas me alcanzaron el brazo, dejaron surcos ardientes que sangraron de inmediato. El dolor fue como fuego líquido, y por un instante, vi visiones: un abismo infinito lleno de almas que gritaban, retorciéndose en agonía eterna. Sacudí la cabeza para despejarla, y Pedro

intervino, roció agua bendita que había traído en una botella pequeña.

El líquido salpicó la piel de Miguel, y él aulló como un animal herido. Humo negro surgió de donde el agua tocó, y el olor a azufre inundó la habitación. —¡Malditos! —gritó la voz demoníaca—. ¡Esto no acabará así! Volveremos por todos ustedes.

Miguel —o lo que quedaba de él— se desplomó en la silla, jadeante. Por un momento, sus ojos recuperaron un atisbo de humanidad. —Ayúdenme... por favor... duele tanto... —susurró con su voz verdadera, débil y quebrada.

Lágrimas rodaron por mis mejillas. —Lo haremos, Miguel. Te lo prometemos. Buscaremos ayuda. No te dejaremos solo.

Salimos de allí muy espantados, el corazón en la garganta. En la calle, bajo la luz mortecina de un farol, nos detuvimos para recuperar el aliento. Ana vomitó en una alcantarilla, Pedro rezaba en voz baja, y Carlos fumaba un cigarro con manos temblorosas.

—Tenemos que encontrar a alguien que sepa de esto —dijo Carlos al fin—. Un sacerdote. Mi abuelita conocía a uno en la parroquia de San Rafael. Dicen que ha lidiado con... cosas así antes.

Asentí. —Hagámoslo. Mañana mismo.

Esa noche, lo que habitaba la tabla endemoniada me visitó en sueños. Me encontraba en el sótano de Carlos, la Ouija vibraba sobre la mesa. El triángulo se movía solo: «M-I-G-U-E-L... Y-A... E-S... N-U-E-S-T-R-O». Luego, la tabla se partió, y de la grieta surgió una mano negra que me arrastraba al vacío. Desperté aterrado, cubierto de sudor frío. Las marcas en mi brazo ardían como si el toque de Miguel las hubiera infectado.

Al día siguiente, nos dirigimos a la parroquia, un edificio antiguo en la colonia San Rafael, con torres góticas que se

elevaban como dedos acusadores hacia el cielo. El padre Ramón era un hombre mayor, de unos sesenta años, con cabello cano y ojos hundidos que parecían haber visto demasiado. Nos recibió en su oficina, rodeada de libros polvorientos sobre teología y demonología.

Les contamos todo: la Ouija, la sesión, los eventos en mi casa, y ahora la posesión de Miguel. Él escuchó en silencio, su rostro impassible, pero noté cómo apretaba el rosario en su mano.

—Hijos míos —dijo al fin, su voz grave y serena—, lo que describen es grave. La Ouija no es un juego; es una puerta al infierno. Muchos han sido engañados por su aparente inocencia. Si Miguel está poseído, como sospechan, necesitaremos confirmar antes de actuar. La Iglesia no autoriza exorcismos a la ligera; requiere evidencia y permiso del obispo.

—¿Vendrá a verlo? —pregunté, desesperado.

Él suspiró. —Sí. Iré esta tarde. Pero prepárense: si es un demonio verdadero, la confrontación será peligrosa.

Regresamos a la casa de Miguel con el padre Ramón. Sus padres nos recibieron con rostros demacrados; no habían dormido en días. Miguel estaba peor: ahora levitaba un poco sobre la silla, su cuerpo suspendido por una fuerza invisible, y hablaba en lenguas antiguas, escupía blasfemias que hacían que el aire se enfriara.

El sacerdote entró en la sala, crucifijo en mano.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —entonó, al tiempo que rociaba agua bendita.

Miguel —el demonio— giró la cabeza 180 grados, un crujido espeluznante resonando en la habitación.

—¡Sacerdote! —gruñó—. ¡Tu Dios es débil! Hemos devorado almas más piadosas que la tuya.

## LA OUIJA

El padre Ramón no flaqueó. Comenzó el ritual de diagnóstico: preguntas en latín, oraciones para invocar la verdad. Miguel respondió con risas maniáticas, mientras levitaba más alto, y de repente, vomitó un líquido negro y viscoso que salpicó el piso, quemaba la madera como ácido.

—Está poseído —confirmó el padre, pálido pero resuelto—. Es un demonio antiguo, quizás ligado al tablero que mencionan. Necesito autorización del obispo para el exorcismo mayor.

Nos miró a todos. —Destruyan esa Ouija. Quémela en un fuego bendito. Y recen. El mal no se rinde tan fácil.

Salimos de allí, el peso de la realidad aplastándonos. El padre Ramón contactó al obispo esa misma noche. La autorización llegó días después al amanecer: «sí, proceda con el exorcismo, pero con precauciones extremas».

El exorcismo se programó para un sábado, en la misma casa, para no mover a Miguel y arriesgar que el demonio escapara. Nos reunimos al alba: el padre Ramón, un asistente joven llamado padre Luis, nosotros cuatro, y los padres de Miguel. La casa estaba preparada: cruces en cada pared, velas benditas encendidas, y un círculo de sal alrededor de la silla donde Miguel estaba atado con cadenas reforzadas.

El aire era opresivo, cargado de electricidad estática. Miguel nos miró al entrar, sus ojos negros como pozos sin fondo.

—Han venido a morir —susurró, y el suelo tembló de forma leve.

El padre Ramón comenzó el ritual. Vestido con su estola púrpura, abrió el *Rituale Romanum*, el libro de exorcismos.

—¡En el nombre de Jesucristo, te ordeno, espíritu inmundo, que reveles tu nombre!

Miguel se retorció, las cadenas chirriaban.

—¡Legión! Somos muchos. Invocados por Esteban Ruiz en 1895. Él nos prometió almas, y ustedes nos las han dado.

El sacerdote continuó, salpicaba agua bendita. Cada gota provocaba aullidos ensordecedores, y el cuerpo de Miguel se contorsionaba en ángulos imposibles, huesos que crujían como ramas secas. De su boca salió un enjambre de moscas negras que zumbaban alrededor, picaban nuestra piel y dejaban marcas ardientes.

Ana gritó cuando una fuerza invisible la levantó del suelo y la arrojó contra la pared. Pedro rezaba de forma frenética, pero el demonio lo hizo caer de rodillas, susurraba tentaciones en su oído: —Únete a nosotros, devoto. Tu fe es falsa.

Carlos y yo intentamos ayudar, sosteníamos el crucifijo, pero el demonio nos atacó con visiones: vi a mis padres muertos, sus cuerpos mutilados por garras invisibles; Carlos revivió la muerte de su abuelita, que gritaba de terror.

El padre Ramón persistió, su voz firme entre el caos.

—¡Te ato con las cadenas de San Pedro! ¡Abandona este cuerpo!

Miguel levitó alto, giraba en el aire. Objetos volaron: libros, muebles, golpeándonos. Una Biblia se incendió de forma espontánea, y el humo formó rostros demoníacos que reían.

Horas pasaron en esa batalla. El demonio reveló secretos: sabía de mis peleas con mis padres, de la chica que me gustaba, de mis deseos de dinero e independencia.

—Te daré todo —tentó—. Solo ríndete.

Pero el padre no cedió. Con un último grito:

—¡Vade retro, Satanás! —impuso las manos sobre la frente de Miguel.

## LA OUIJA

Un estruendo como un trueno sacudió la casa. Luz cegadora llenó la habitación, y el demonio aulló en agonía. El cuerpo de Miguel cayó, inerte.

Quando abrió los ojos, eran los suyos.

—Gracias... —murmuró, exhausto.

Pero el padre nos advirtió:

—El demonio ha sido expulsado, pero la puerta que abrieron con la Ouija aún está entreabierta. Destruyanla, o volverá.

Quemamos la tabla esa noche, en el patio de Carlos, con fuego bendito. Las llamas rugieron altas, y en ellas vi formas retorciéndose, gritaban. Pero mientras las cenizas se esparcían, un susurro final llegó con el viento:

—Volveremos...

Miguel no recuperó del todo, seguía poseso. Nosotros, marcados para siempre, juramos nunca más volver a jugar con la Ouija. Sin embargo, en las noches, siguen los rasguños bajo la cama, recordándome que el horror está al acecho.

### CAPÍTULO 3 *LA BESTIA QUE VIVE EN MI*

**H**abían transcurrido dos semanas desde el exorcismo de Miguel, y por primera vez en meses, sentí un atisbo de normalidad. La Ouija había sido reducida a cenizas en el patio de Carlos, y las llamas habían devorado no solo la madera oscura, sino también, o eso creí, el mal que nos acechaba. Miguel volvía a ser él mismo, aunque con ojeras profundas y una sonrisa forzada que no llegaba a sus ojos. En la escuela, nos reuníamos en el recreo como antes, bromeábamos sobre trivialidades: el partido de fútbol del fin de semana, la chica nueva en el salón de al lado, o cómo Pedro seguía aferrado a su cruz como si fuera un amuleto mágico. Ana, la más racional, insistía en que todo había sido sugestión colectiva, un truco de nuestra mente estresada por las hormonas adolescentes. Carlos y yo nos mirábamos en silencio, sabíamos que no era así, pero preferíamos fingir que el horror había terminado.

En casa, las cosas también parecían mejorar. Mis padres, que habían notado mi palidez y mis noches inquietas, me daban más espacio. Papá incluso me dio un poco más de dinero para salir con amigos, dijo que entendía que estaba creciendo.

—Ya no eres un niño, hijo. Disfruta la vida —me dijo una tarde mientras compartíamos un café en la cocina.

Mamá sonreía, aunque sus ojos seguían preocupados, como si viera algo en mí que yo no podía percibir. Pensé que era solo el residuo de mis «pesadillas», como les había contado. No les había revelado toda la verdad sobre la Ouija; sonaría loco, y lo último que necesitaba era que me enviaran a un psiquiatra como a Miguel al principio.

Pero la paz era frágil, como una capa de hielo sobre un lago profundo y negro. Esa noche, todo cambió. Me fui a dormir temprano, exhausto por un día de clases y una salida rápida al

cine con el grupo. Cerré los ojos, y el sueño me arrastró muy rápido. Soñé con sombras: formas retorcidas que se enredaban en mi habitación, susurraban promesas de libertad, de dinero infinito, de una vida sin ataduras. «Únete a nosotros», decían. «Eres uno de los nuestros». Desperté de golpe, sudaba, con el corazón que latía como un tambor desbocado. La habitación estaba oscura, pero algo no encajaba. Mis manos... mis manos temblaban, y al tocar mi cara, sentí algo extraño: mis dientes parecían más afilados, como si hubieran crecido durante la noche. Sacudí la cabeza, atribuyéndolo a la imaginación, y volví a dormir.

A la mañana siguiente, bajé a desayunar. Mamá estaba en la cocina, preparaba huevos revueltos, pero su rostro estaba demacrado, como si no hubiera dormido bien. Papá ya se había ido al trabajo, algo inusual para un sábado. Me senté a la mesa, y ella me sirvió el plato en silencio. Al final, levantó la vista, y sus ojos estaban llenos de lágrimas contenidas.

—Hijo... tenemos que hablar —dijo, su voz un susurro tembloroso.

Fruncí el ceño, sentí un nudo en el estómago.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Es por papá? ¿Otra pelea por dinero?

Ella negó con la cabeza, sentándose frente a mí. Sus manos temblaban al sostener la taza de café.

—No, es por ti. Anoche... anoche tu papá y yo estábamos muertos de miedo. No sabíamos qué te sucedía, pero... te vimos.

—¿Me vieron? ¿Qué quieres decir? —pregunté, el corazón acelerándose.

Mamá respiró hondo, como si le costara pronunciar las palabras.

—Estabas en tu habitación. Oímos ruidos extraños, como gruñidos, al principio pensamos que era el perro del vecino, pero no. Entramos con cuidado, y... Dios mío, hijo, no eras tú. Estabas en el suelo, a cuatro patas, corrías en círculos como un animal salvaje. Gruñías, mostrabas los dientes... dientes que parecían colmillos, afilados y amarillos. Tus ojos... tus ojos eran negros, todo negros, sin blanco. Intentamos acercarnos, pero saltaste hacia la ventana, arañabas el vidrio como si quisieras escapar. Luego, te desplomaste, y cuando te tocamos, volviste a ser normal. Dormías como si nada hubiera pasado.

Me quedé helado, el tenedor cayó de mi mano con un tintineo metálico.

—Eso... eso no puede ser. Debe ser un error. ¿Estaban soñando?

—No, hijo. Los dos lo vimos. Tu papá quería llamar a un médico, pero... no parece algo físico. ¿Has estado haciendo algo que no nos cuentas? ¿Drogas? ¿Algo... sobrenatural?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. La Ouija. El demonio. ¿Había vuelto? ¿O nunca se había ido? Recordé los susurros en mis sueños, las visiones de almas torturadas. ¿Y si el exorcismo de Miguel solo había desplazado al demonio... hacia mí? Me levanté de la mesa, mareado, y corrí a mi habitación. Me miré en el espejo: mi rostro parecía normal, pero al sonreír, juré que mis dientes brillaban con un filo inusual. Toqué mi lengua, y sentí un corte leve; sangraba un poco, como si mis incisivos se hubieran afilado.

Llamé a Carlos de inmediato.

—Tenemos que vernos. Ahora. En el parque.

El grupo se reunió bajo el mismo árbol nublado. Les conté lo que mamá me había dicho, y sus rostros palidecieron. Miguel, aun recuperándose, se tocó las cicatrices en el brazo donde el demonio lo había mordido.

—Es lo mismo que me pasó a mí al principio. Gruñidos, ojos negros... el demonio no se fue. Solo cambió de huésped.

Ana sacudió la cabeza, pero su voz temblaba.

—Esto no puede ser real. Debe haber una explicación científica. ¿Estrés postraumático? ¿Somnambulismo?

Pedro se persignó.

—No, es el mal. El padre Ramón nos advirtió que la puerta estaba entreabierta. Tenemos que llamarlo de nuevo.

Decidimos ir a la parroquia esa misma tarde. El padre Ramón nos recibió con una expresión grave, como si ya supiera por qué veníamos. Escuchó mi relato en silencio, al tiempo que frotaba su rosario.

—Hijo, lo que describes es una posesión incipiente. El demonio, La Legión, es astuto. No siempre ataca de frente; se infiltra, se esconde en la mente, espera el momento para manifestarse. Si tus padres te vieron así, significa que ha ganado terreno en ti.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté, la voz quebrada.

—Un exorcismo, pero primero, confirmemos. Y destruyan cualquier residuo de la Ouija. ¿Quedaron cenizas?

Carlos asintió. —Las enterramos en el patio, con sal y agua bendita.

El padre frunció el ceño. —A veces, eso no basta. Los demonios antiguos, como este, atados a objetos, pueden regenerarse si hay un vínculo fuerte. Tú fuiste el que más se burló, ¿verdad? El escéptico. Eso lo atrae.

Nos fuimos con instrucciones: rezar el rosario todas las noches, llevar cruces, y vigilarme. Pero esa noche, el horror se desató. Intenté dormir, pero los susurros volvieron, más fuertes.

—Eres nuestro. Ven con nosotros.

Sentí un calor en el pecho, como si algo se removiera dentro. De pronto, mi cuerpo se movió solo: caí de la cama a cuatro patas, gruñía. Miré mis manos: las uñas se alargaban, negras y curvas como garras. Corrí por la habitación, arañaba el piso, mostraba los dientes en el espejo. Mi reflejo era una bestia: ojos negros, piel surcada por venas oscuras, baba que caía de mi boca.

Mis padres irrumpieron, aterrorizados. Mamá gritó, y papá intentó sujetarme, pero lo mordí en el brazo, sentí el sabor metálico de la sangre.

—¡Hijo, detente! —imploró.

Logré controlarme por un segundo, me tiré al suelo, jadeante. Cuando volví en mí, papá sangraba, y mamá lloraba.

—Lo siento... no era yo —murmuré.

Llamamos al padre Ramón de emergencia. Llegó al amanecer, con su asistente, el padre Luis. Me ataron a la cama con correas, y comenzaron un ritual preliminar. El agua bendita ardía en mi piel como ácido, y grité con una voz que no era mía:

—¡Sacerdotes débiles! ¡Este cuerpo es nuestro ahora!

El demonio habló a través de mí, revelaba secretos:

—Tu padre roba en el trabajo para pagar deudas. Tu madre sueña con dejarlo. Y tú... tú quieres dinero para impresionar a esa chica, ¿verdad? Te lo daremos. Solo déjanos entrar por completo.

El ritual duró horas. Me contorsionaba, levitaba un poco, vomitaba bilis negra que quemaba las sábanas. Al final, el padre me impuso las manos:

—¡En nombre de Cristo, sal de este cuerpo!

Caí exhausto, pero el demonio susurró antes de retirarse:

—Volveré. Soy parte de ti ahora.

Al día siguiente, parecía calmado, pero sabía que no era así. Investigamos más: fuimos a la hemeroteca, buscamos todo sobre Esteban Ruiz. En viejos periódicos amarillentos, encontramos detalles escalofriantes. Ruiz no era solo un ocultista; había sido un brujo que invocó a un demonio prehispánico, una entidad similar a Xolotl, el dios perro de los aztecas, guardián del inframundo. El ritual fallido lo transformó en una bestia que devoró a su familia, gruñía y corría a cuatro patas antes de suicidarse. La Ouija era su ancla, y ahora, yo era su nuevo recipiente.

El grupo decidió ayudarme. Esa noche, nos reunimos en mi casa para una vigilia. Pero el demonio atacó. Primero, las luces parpadearon. Luego, oímos rasguños en las paredes, como uñas de animal. Miguel gritó:

—¡Lo siento de nuevo!

Su posesión no había terminado del todo; era un eco.

De pronto, perdí el control. Mi cuerpo se transformó: corría a cuatro patas por la sala, gruñía y mostraba dientes afilados. Ataqué a Ana, arañándola el brazo. Pedro roció agua bendita, pero el demonio me hizo levitar. Carlos intentó sujetarme, pero lo mordí, sentí su sangre.

El padre Ramón llegó justo a tiempo para un exorcismo completo. La casa se convirtió en un campo de batalla: objetos volaban, voces múltiples que gritaban blasfemias, mi cuerpo contorsionándose en ángulos imposibles. El demonio reveló su plan: —Usaré a este chico para esparcirme. Poseeré a su familia y a sus amigos.

Horas de agonía. A final, con un aullido ensordecedor, el demonio se retiró, pero no del todo.

—Soy tu sombra ahora. Volveré cuando duermas.

Al día siguiente, mi madre se fue al mercado de Sonora como quien se adentra en un santuario prohibido. Regresó con agua bendita de siete iglesias y sal exorcizada, objetos que parecían arrancados de un grimorio antiguo.

Nunca había oído hablar de eso. Le pregunté por qué necesitaba agua de tantas iglesias, si acaso la de una sola no bastaba. Ella respondió con voz grave que el agua bendita era un sacramental, eco del Bautismo y de la gracia, aunque sus palabras se me antojaron más como un conjuro que como una explicación. Sobre la sal, dijo que servía para sellar los espacios contra presencias malignas. Planeaba guardarla en pequeños saquitos y ponerlas en las cuatro esquinas de mi recámara, como si trazara un círculo de protección. Pensé: «Que funcione, que los demonios se alejen». Esa noche, por fortuna, transcurrió sin sobresaltos, aunque la calma me pareció sospechosa, como el silencio que precede a una tormenta.

A la mañana siguiente, encontré a mi madre acompañada de una amiga suya, una mujer de mirada penetrante, que según decía conocía secretos de hechizos y embrujos.

Las observé a distancia mientras comenzaban el ritual. Sus voces se alzaban en letanías que parecían desgarrar el aire:

—Te exorcizo, agua, en nombre del Padre, en nombre de Jesucristo, su hijo, nuestro Señor.

Las palabras resonaban como un eco antiguo, cargado de amenaza. Luego tomaron la sal y pronunciaron:

—Te exorcizo, sal, por el Dios vivo, por el Dios verdadero.

El tono era solemne, casi sepulcral. Apenas podía distinguir las frases, pero cada sílaba me erizaba la piel.

Al final, trajeron aceite de oliva y lo sometieron al mismo rito. El olor se impregnó en la habitación, mezclándose con la sensación de que algo invisible se agitaba en las sombras. Yo,

## *LA OUIJA*

inmóvil, sentí que la casa entera se transformaba en un templo oscuro, donde las paredes respiraban y los rincones aguardaban.

Han pasado varios días. Al parecer lo que hizo mi mamá y su amiga funcionó. Parezco normal, pero en las noches, siento la bestia dentro, al acecho. Mis padres me miran con miedo, y el grupo se distancia. ¿Cuánto volverá el demonio por mí? ¿Soy yo... o soy él?

## CAPÍTULO 4 UN DEMONIO SUCUBO

Las noches se habían convertido en un campo minado. Desde el último exorcismo parcial y de lo que había hecho mi madre y su amiga, dormía con la luz encendida, una cruz bajo la almohada y un rosario enrollado en la muñeca como si fuera un brazalete de guerra. Mis padres ya no entraban a mi cuarto sin llamar tres veces; el miedo los había vuelto cautelosos. Miguel apenas hablaba conmigo, Ana había dejado de responder mensajes, y Carlos juraba que en su sótano aún olía a azufre aunque hubiéramos limpiado todo con agua bendita. Pedro era el único que aún me visitaba, traía estampitas y rezaba en voz alta hasta que yo le pedía que se callara, porque el sonido de sus oraciones parecía atraer más sombras que ahuyentarlas.

La noche del 24 de diciembre, víspera de Navidad, la ciudad entera parecía celebrar. Afuera se oían cuetes, risas, villancicos lejanos. En casa, mis padres habían puesto el árbol, las luces parpadeantes, el nacimiento con sus figuras de barro. Mamá había preparado ponche y papá trajo una botella de sidra. Cenamos en relativa paz, fingimos que éramos una familia normal. Yo sonreí cuando brindamos, pero por dentro sentía que algo me observaba desde las esquinas oscuras del techo.

Me acosté temprano, alegaba cansancio. Cerré la puerta con llave, algo que nunca había hecho antes. Apagué la luz principal, pero dejé encendida la lámpara de noche. Me acosté boca arriba, con las manos sobre el pecho, como si eso pudiera protegerme. El rosario seguía en mi muñeca; la cruz fría contra la piel. Cerré los ojos y traté de pensar en cosas buenas: la chica que me gustaba en la escuela, el día en que tendría dinero propio, la idea absurda de que algún día todo esto terminaría.

El sueño llegó rápido, pesado, como si me hundiera en agua negra.

Estaba entre dormido y despierto cuando, de pronto, sentí que me tocaban.

Al principio fue sutil: un roce suave en el tobillo, como si una sábana se hubiera deslizado. Pensé: «¿Estaré soñando?». Pero para ser un sueño, se sentía demasiado real. El roce subió por la pantorrilla, lento, deliberado. Dedos invisibles trazaban líneas en mi piel. Sentí un calor extraño, una electricidad que me erizaba los vellos. El corazón empezó a latirme más rápido, no de miedo todavía, sino de una excitación confusa que me avergonzaba.

Las caricias subieron por el muslo. Eran suaves, pero firmes. Cada centímetro que avanzaban se volvía más íntimo, más subido de tono. Sentí que algo —alguien— se acomodaba entre mis piernas, un peso leve pero inconfundible. Manos que no veía me acariciaban por encima de la ropa interior, despacio, con una paciencia perversa. El placer era intenso, casi doloroso, y mi cuerpo respondía a pesar de mí. Respiraba agitado, el sudor brotaba en mi frente.

¡Abrí los ojos de inmediato! ¡Sabía que algo estaba mal!

Un horror indescriptible, que nunca había sentido, empezó a invadirme como veneno frío inyectado en las venas. La habitación estaba oscura, solo la lámpara de noche proyectaba un círculo anaranjado débil. No había nadie visible, pero sentía de manera clara el peso sobre mí, el calor de un cuerpo que no estaba allí. Intenté moverme, gritar, pero estaba paralizado en su totalidad. Ni un dedo podía mover. Mis músculos eran piedra, mi garganta un nudo. Solo los ojos se movían, desesperados, buscaban en la penumbra.

Intentaba gritar, pero solo salía un leve gorgoteo, un sonido patético que se perdía en la almohada.

Entonces la vi.

Primero fue una silueta: una figura femenina que se materializaba de manera lenta sobre mí, como si el aire se

condensara en carne. Era hermosa de una manera que dolía mirar. Piel pálida como porcelana, cabello negro largo que caía en cascadas sobre mis hombros, ojos grandes y brillantes como carbones encendidos. Sus labios eran rojos, carnosos, curvados en una sonrisa que prometía placeres prohibidos. Estaba desnuda, o casi: una gasa transparente cubría su cuerpo, pero no ocultaba nada. Sus pechos se presionaban contra mi pecho, y sentía su calor, su suavidad, su peso real.

Me miró de forma fija y habló con una voz que era miel y cuchillo al mismo tiempo.

—Shhh... tranquilo, mi amor. Solo quiero darte lo que siempre has deseado.

Su mano —ahora visible— bajó por mi abdomen, deslizándose bajo la cintura de mi pijama. El toque era fuego líquido. Mi cuerpo traicionero reaccionó con más fuerza, y odié esa reacción con toda el alma. Intenté rezar, pero las palabras se me atoraban. Ella se inclinó, sus labios rozaron mi cuello, y sentí un beso húmedo, caliente, que me hizo estremecer.

—No luches —susurró contra mi oído—. Nadie tiene que saberlo. Será nuestro secreto. Te daré placer como ninguna mortal podrá. Te haré hombre de verdad.

Sus caderas se movieron contra mí, rítmicas, lentas, invitadoras. El placer era abrumador, una ola que amenazaba con arrastrarme. Pero debajo de él había algo podrido, un olor sutil a azufre y tierra húmeda de tumba. Sus ojos, al mirarlos de cerca, no eran humanos: las pupilas eran verticales, como de reptil, y en el fondo brillaba el mismo rojo que había visto en la figura del sótano de Carlos.

Luché por varios minutos, atrapado entre el terror y el deseo enfermizo que ella provocaba. Mi mente gritaba, pero mi cuerpo estaba rendido. Entonces, en un acto desesperado de voluntad, empecé a rezar el Padre Nuestro. Estaba tan espantado que ni lo

recordaba bien, tropezaba con las palabras, pero las repetía una y otra vez en mi cabeza:

—Padre nuestro... que estás en el cielo... santificado sea tu nombre...

Ella se tensó. Su sonrisa se torció en una mueca de rabia.

—No... no hagas eso —siseó, y su voz ya no era seductora; era un gruñido gutural.

—Venga tu reino... hágase tu voluntad...

Sus uñas se clavaron en mi pecho, arañaban la piel. Sentí sangre caliente brotar. El placer se transformó en dolor ardiente, pero aún rezaba.

—Así en la tierra como en el cielo...

De pronto, su cuerpo empezó a cambiar. La belleza se deshizo como cera derretida. La piel pálida se volvió grisácea, cuarteada, llena de venas negras. El cabello se volvió serpientes que siseaban. Los pechos hermosos se hundieron, convirtiéndose en bolsas flácidas. Los ojos rojos se hincharon, y de su boca salió un aliento fétido que olía a carne podrida.

—¡Cállate! —rugió, y su voz era ahora múltiples, como el demonio Legión que había poseído a Miguel.

—El pan nuestro de cada día... dánoslo hoy...

Ella se retorció sobre mí, aullaba de furia. Sus manos se convirtieron en garras que rasgaban mi piel. Intentó besarme de nuevo, pero sus labios eran ahora una herida abierta llena de dientes afilados.

—Y perdona nuestras ofensas...

Un humo negro empezó a salir de su cuerpo, envolviéndonos. El peso sobre mí aumentó, como si quisiera aplastarme. Sentí que mi alma era succionada, tirada hacia ella.

—No nos debes caer en tentación...

De pronto, algo cambió. El humo se disipó un poco. Ella gritó, un sonido inhumano que hizo temblar las ventanas.

—Y líbranos de todo mal...

La figura se levantó de mí, flotaba en el aire, contorsionándose. Su rostro era ahora una máscara de odio puro, cuernos retorcidos brotaban de la frente.

—Líbranos del mal. Amén.

Apenas terminé, sentí que lo que fuera que estaba ahí se iba. Un viento helado recorrió la habitación y se apagó la lámpara de noche. La figura se deshizo en humo negro que se filtró por las grietas del techo, y dejó solo un eco de risa amarga.

Quedé paralizado unos minutos más, respiraba agitado. Poco a poco, el control volvió a mis músculos. Me incorporé tembloroso, encendí la luz principal. La habitación estaba vacía, pero las sábanas estaban revueltas, empapadas en sudor. Mi pijama tenía arañazos sangrantes en el pecho, cinco líneas paralelas que ardían. Bajé la mirada y vi que mi cuerpo aún mostraba signos de excitación traicionera; me odié por ello.

Me levanté tambaleante al baño. Me miré en el espejo: pálido como un muerto, ojos inyectados en sangre, arañazos frescos que formaban un patrón extraño, casi como una firma. Estaba empapado en sudor frío. Ahora sí sabía que no había sido un sueño.

Regresé al cuarto y encendí todas las luces. Me senté en la cama, abrazándome las rodillas. ¿Qué había sido eso? No era el mismo demonio de antes. Este era diferente: seductor, femenino, hambriento de algo más que mi alma. Recordé historias que había oído de niño: súcubos, demonios hembra que visitan a los hombres en la noche, que los agotan con placer hasta matarlos.

## LA OUIJA

Pensé que eran leyendas, cuentos para asustar a los adolescentes. Pero ahora...

Llamé a Pedro a las tres de la mañana. Contestó con voz somnolienta.

—Es una súcubo —dijo después de que le contara todo, su voz temblorosa—. Un demonio de lujuria. La Legión no se fue solo; trajo refuerzos. Quieren romperte por todos lados: miedo, rabia... y deseo. El deseo es la puerta más fácil para un adolescente.

—¿Qué hago? —pregunté, a punto del llanto.

—Reza. Mucho. Y no te quedes solo. Mañana vamos con el padre Ramón. Esto ya no es solo posesión; es asedio.

No dormí el resto de la noche. Me quedé sentado, recé rosarios enteros hasta que me dolieron las rodillas. Al amanecer, mis padres encontraron la puerta abierta y a mí hecho un ovillo en el suelo, con el rosario apretado en la mano.

Les conté todo. Por primera vez, no me callé nada: la Ouija, Miguel, los exorcismos, la bestia dentro de mí... y ahora esto. Mamá lloró. Papá, por primera vez en su vida, no dudó. Llamó al padre Ramón él mismo.

El sacerdote llegó esa misma tarde de Navidad. Examinó las heridas, escuchó mi relato, y su rostro se endureció.

—Es peor de lo que pensaba —dijo—. La súcubo es un demonio inferior, pero peligroso. Busca corromper el alma a través del cuerpo. Si cedes una sola vez, aunque sea en sueño, te tendrá para siempre. La Legión la envió para debilitarte antes del ataque final.

Me impuso las manos, rezó oraciones de protección contra demonios de lujuria. Me dio una medalla de San Benito y me ordenó dormir con ella sobre el pecho.

Pero las noches siguientes no fueron mejores.

La súcubo volvió tres veces más. Cada vez más insistente, más hermosa al principio, más horrible cuando la rechazaba. En una ocasión, tomó la forma de la chica que me gustaba en la escuela; su voz, su olor, todo era perfecto. Me susurró cosas que siempre había soñado oír. Estuve a punto de rendirme, a punto de dejar que me tocara del todo. Solo el recuerdo de sus ojos reptilianos me salvó.

En otra, apareció como múltiples mujeres, un harén de sombras que me rodeaban, me tocaban por todos lados, me susurraban promesas obscenas. El placer era tan intenso que grité de dolor cuando logré rezar y ahuyentarlas.

Mis heridas no sanaban. Los arañazos se infectaban, formaban costras negras. Empecé a perder peso. Mis ojos se hundían. Mis padres velaban conmigo turnos, rezaban en voz alta.

El padre Ramón organizó un exorcismo mayor, esta vez en la iglesia, con varios sacerdotes. Me ataron al altar, y durante horas lucharon contra las entidades que salían de mí: gruñidos de bestia, voces seductoras, risas guturales. La súcubo se manifestó de manera visible ante todos: una figura desnuda flotaba sobre mí, hermosa y aterradora. Gritó blasfemias en latín, intentó seducir incluso a los sacerdotes.

Al final, con el poder de la Eucaristía y las oraciones, se retiró. Pero antes de irse, se inclinó sobre mi oído y susurró:

—Volveré cuando estés solo. Y un día... no rezarás lo suficiente.

Han pasado días. Duermo poco, siempre con luz, siempre con alguien que me vigila. Pero sé que espera. En los bordes del sueño, siento sus caricias tocándome de nuevo. El deseo y el terror se mezclan en mí como veneno dulce.

Ya no sé si podré resistir para siempre.

## CAPÍTULO 5 SE LE SUBIÓ EL MUERTO

**E**l año nuevo llegó sin fanfarrias. La ciudad estalló en cuestas y música, pero en mi casa solo hubo silencio y oraciones susurradas. La súcubo no había vuelto desde el exorcismo en la iglesia, pero yo sabía que solo esperaba, acechaba en los bordes de mis sueños como una araña paciente. Dormía con la medalla de San Benito sobre el pecho, y cada mañana revisaba mi piel en busca de nuevos arañazos. Mis padres ya no celebraban nada; la Navidad había sido un ritual de supervivencia más que de alegría.

El grupo se había reducido a fantasmas de lo que fue. Ana dejó de contestar llamadas; decía que necesitaba «tiempo para procesar». Pedro rezaba solo en su cuarto y solo salía para misa. Miguel mejoraba físicamente, pero sus ojos aún tenían un brillo extraño, como si algo aún mirara desde adentro. El único que seguía firme era Carlos. Venía casi todos los días, traía comida que su mamá preparaba, o solo se sentaba en silencio conmigo mientras veíamos televisión sin verla en realidad. Era el único que no me miraba con miedo o lástima; me miraba como amigo.

Por eso, cuando me llamó una tarde de enero, con la voz temblorosa y entrecortada, supe que algo terrible le pasaba.

—Ven... ven a mi casa. Solo. No le digas a nadie. Por favor.

Colgué y corrí. La casa de Carlos estaba a diez cuadras, una casona del Porfiriato, vieja y hermosa por fuera, pero llena de grietas y sombras por dentro. La misma donde todo había empezado. La puerta principal estaba entreabierta. Entré sin tocar, el corazón latiéndome en la garganta.

—¿Carlos? —llamé.

Un gemido bajo vino del sótano.

Bajé las escaleras despacio. El aire era frío, húmedo, olía a tierra removida y algo más... algo dulzón y podrido. La luz del foco desnudo parpadeaba. Carlos estaba sentado en el suelo, en el centro del círculo donde habíamos quemado la Ouija. Tenía las rodillas abrazadas, la cabeza baja, el cuerpo temblaba como si tuviera fiebre alta. Sudaba a chorros, aunque el sótano estaba helado.

Me acerqué con cuidado.

—Carlos... ¿qué pasa, hermano?

Levantó la cabeza con lentitud. Su rostro estaba pálido, los ojos inyectados en sangre, las pupilas dilatadas. Sonrió, pero era una sonrisa torcida, como si le doliera.

—Se me está subiendo el muerto —dijo con voz ronca, casi divertida—. Lo siento... entrar.

Me arrodillé frente a él.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche. Al principio pensé que era ansiedad. Luego... sentí como si un espíritu entrara en mi cuerpo y tomara el control. Como si dos almas habitáramos el mismo cuerpo. Yo estoy aquí... pero hay otro. Habla conmigo. Me dice cosas. Me mueve las manos sin que yo quiera.

Tragué saliva. Recordé las leyendas que su abuelita contaba:

—Cuando se te sube el muerto, es porque un espíritu quiere montar tu cuerpo como caballo. Si no lo bajas a tiempo, te saca a ti y se queda para siempre.

—¿Qué te dice?

Carlos cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, su mirada era distinta: más vieja, más cruel.

—Dice que esta casa es suya. Que mi bisabuelo la compró con sangre. Que Esteban Ruiz no estaba solo cuando invocó a La Legión... había otro. Un espíritu menor, un muerto sin descanso que Ruiz usó como mensajero. Y ahora ese muerto quiere cobrar la deuda. Conmigo.

De pronto, su cuerpo se sacudió. Las manos se le crisparon, los dedos se curvaron como garras. Empezó a hablar con una voz que no era suya: grave, antigua, con un acento que parecía de otra época.

—Esta carne es mía ahora... el muchacho me abrió la puerta cuando quemaron la tabla... yo estaba atado a ella también...

Carlos gritó, luchaba consigo mismo.

—¡No! ¡Sal de mí!

Se golpeó la cabeza contra el piso, una, dos, tres veces. Corrí a sujetarlo. Su piel ardía, como si tuviera 40 de fiebre. Lo abracé fuerte.

—Resiste, Carlos. Rezaré contigo.

Empezamos el Padre Nuestro, pero en la mitad él se rio con esa voz ajena.

—Tus oraciones no sirven aquí, niño. Este lugar está maldito desde antes de que nacieras.

Entonces empezó lo peor.

Carlos se puso de pie de un salto, con una fuerza que no era humana. Me empujó contra la pared con tanta violencia que el aire se me salió de los pulmones. Sus ojos eran negros ahora.

—He esperado décadas —dijo el muerto a través de su boca—. Ruiz me prometió un cuerpo joven. Me traicionó.

Pero ustedes... ustedes quemaron mi ancla. Ahora tomaré este.

Intentó arañarme la cara. Logré esquivarlo y corrió escaleras arriba, grité su nombre. Lo seguí hasta el patio. Allí, bajo la luz gris del atardecer, Carlos empezó a correr a cuatro patas, como un animal. Gruñía, babeaba, arañaba la tierra. Se detuvo frente al lugar donde habíamos enterrado las cenizas de la Ouija y empezó a cavar con las manos desnudas, las uñas rompiéndose, la sangre manchaba la tierra.

—¡Devuélveme lo mío! —rugía.

Llamé al padre Ramón desde mi celular, con las manos temblorosas. Le conté todo. Me dijo que no lo dejara solo, que rezara el salmo 91, que llegaría lo más pronto posible.

Volví al patio. Carlos estaba de rodillas en el hoyo que había cavado. Tenía las manos llenas de tierra y algo más: fragmentos negros, como carbón, que brillaban con debilidad. Restos de la Ouija que no se habían quemado del todo.

—Aquí está... mi puerta —susurró el muerto—. Pronto estaré completo.

Intenté sacarlo del hoyo, pero me mordió el brazo con fuerza salvaje. Sentí los dientes hundirse en la carne. Grité de dolor. La sangre brotó caliente.

En ese momento, Carlos recuperó el control por un segundo. Lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Aléjate... por favor... me quiere sacar... siento como si mi alma se deslizara fuera del cuerpo... como si me empujaran al vacío...

Lo abracé fuerte, sin importarme la sangre.

—No te voy a dejar, hermano. Aguanta.

El muerto volvió con más fuerza. Carlos se convulsionó, el cuerpo arqueándose en ángulos imposibles. Vomitó un líquido negro y espeso que olía a podredumbre. Su piel se cubrió de venas oscuras que pulsaban como gusanos. Empezó a hablar en una lengua que no entendía, antigua, gutural.

Llegó el padre Ramón con el padre Luis y dos ayudantes más. Traían maletines con agua bendita, crucifijos, el *Rituale*. Me apartaron y empezaron el ritual ahí mismo, en el patio.

Ataron a Carlos con cuerdas benditas. Él —o el muerto— luchaba con fuerza sobrenatural, rompió una cuerda, luego otra. Gritaba blasfemias en español antiguo, maldecía a Ruiz, maldecía a sus descendientes.

—¡Este cuerpo es mío! ¡El muchacho me lo debe!

El padre Ramón le impuso el crucifijo en la frente. Humo negro salió de la piel, y Carlos aulló como si lo quemaran vivo.

El ritual duró horas. La noche cayó. Las estrellas parecían mirar con indiferencia. El muerto reveló su nombre: se llamaba Jacinto, un sirviente de Ruiz que había muerto en el ritual de 1895, apuñalado para alimentar la invocación. Su alma quedó atrapada, usada como mensajero entre mundos. Cuando quemamos la Ouija, su ancla se debilitó, pero el vínculo con la casa y con la sangre de Carlos (descendiente directo) le permitió «subirse».

—Quiero vivir de nuevo —gritaba—. Quiero carne, quiero respirar, quiero mujeres, quiero venganza...

En un momento del exorcismo, Carlos levitó un metro sobre el suelo, el cuerpo rígido como tabla. Sus ojos se voltearon hacia atrás, solo blanco visible. El padre Ramón le ordenó salir en nombre de Cristo, de la Virgen de Guadalupe, de todos los santos.

El muerto resistió. Hizo que el viento soplara fuerte, que las luces de la casa parpadearan, que objetos volaran: macetas,

herramientas del patio, incluso una bicicleta vieja que se estrelló contra la pared.

Entonces pasó algo terrible.

El muerto habló de manera directa conmigo, usaba la voz de Carlos:

—Tú eres el que más quiero, muchacho. Tú te burlaste primero. Tú abriste la puerta grande. Si me dejas tomar a este, te dejaré en paz un tiempo... pero si no... vendré por ti completo.

Sentí un tirón en el pecho, como si algo intentara entrar en mí también. Caí de rodillas, recé desesperado.

El padre Ramón redobló las oraciones. Roció agua bendita en cantidades. El muerto aulló, el cuerpo de Carlos se convulsionó de forma violenta. Al final, con un grito que pareció rasgar la noche, el espíritu salió: una sombra negra y retorcida que se elevó del cuerpo y se disolvió en el aire con un sonido como tela desgarrándose.

Carlos cayó inerte al suelo.

Pensamos que había terminado.

Pero no.

Cuando lo despertamos, Carlos abrió los ojos... y sonrió con una sonrisa que no era suya.

—Gracias —dijo con voz suave, casi tierna—. Me dejaron entrar del todo.

El padre Ramón palideció.

—No era Jacinto solo. La Legión estaba detrás, esperaba. Usó al muerto como distracción. Ahora tiene un cuerpo permanente.

Carlos —o lo que quedaba de él— se levantó con lentitud. Su postura era distinta: más erguida, más antigua. Nos miró uno por uno.

—Esta casa es mía. Esta sangre es mía. Y pronto... todos ustedes lo serán.

Intentamos sujetarlo, pero una fuerza invisible nos empujó hacia atrás. Corrió hacia el interior de la casa, reía con esa voz múltiple que conocíamos tan bien.

El padre Ramón nos sacó de allí a la fuerza.

—No podemos hacer más esta noche. Está demasiado fuerte. Necesitamos al obispo, más sacerdotes, un exorcismo mayor en suelo consagrado.

Salimos a la calle. La casa de Carlos parecía observarnos, las ventanas como ojos negros.

Desde entonces, Carlos desapareció.

La policía lo busca como menor extraviado. Sus padres están destrozados, dicen que dejó una nota donde decía que «necesitaba tiempo solo». Pero nosotros sabemos la verdad.

En las noches, recibo mensajes desde su teléfono: fotos oscuras del sótano, videos cortos donde se oye esa risa gutural. Una vez, un audio de voz:

—Ven a jugar de nuevo. La tabla está lista.

Sé que está reconstruyendo la Ouija con los fragmentos que quedaban. Sé que La Legión ahora tiene manos, pies, una voz humana para engañar.

Y sé que vendrá por mí.

Porque yo fui el primero que se burló.

Porque yo abrí la puerta más grande.

## *LA OUIJA*

Y porque, en el fondo, una parte de mí aún desea lo que me prometieron: dinero, libertad, poder.

El muerto se subió a Carlos.

Pero La Legión nunca se baja.

## CAPÍTULO 6 *LOS INVESTIGADORES PARANORMALES*

**F**ebrero llegó con un frío que no era solo del clima. La Ciudad de México amanecía envuelta en niebla espesa, como si la contaminación misma se hubiera aliado con las sombras que me perseguían. Carlos seguía desaparecido; la policía había cerrado el caso como «fuga voluntaria de menor», pero nosotros sabíamos que La Legión de detenidos caminaba ahora con sus pies, hablaba con su voz y planeaba desde la casa del Porfiriato, que lo vio nacer. Yo apenas salía de mi cuarto. Dormía con todas las luces encendidas, la medalla de San Benito sobre el pecho y una botella de agua bendita en la mesita de noche. Mis notas en la escuela eran un desastre; los maestros pensaban que era depresión adolescente, mis padres ya no sabían qué creer.

Una mañana, mientras desayunaba en silencio, mamá dejó una taza de café frente a mí y se sentó con expresión decidida.

—Hijo, tu papá y yo hemos hablado mucho. No podemos seguir a la espera de que el padre Ramón consiga permiso del obispo para otro exorcismo mayor. Eso puede tardar semanas, meses. Sentimos que te perdemos.

Papá entró desde el pasillo, con el periódico doblado bajo el brazo. Por primera vez en mucho tiempo, sus ojos no mostraban enojo ni frustración; solo miedo puro.

—Encontramos a un grupo de investigadores paranormales —dijo sin rodeos—. Son serios, no charlatanes de televisión. Han trabajado en casas embrujadas, en panteones, incluso en el Hospital Juárez con casos de posesión. Tienen aparatos científicos, grabadoras, medidores electromagnéticos... Dicen que pueden documentar lo que pasa aquí y, si es necesario, limpiar la casa.

No supe qué responder. Una parte de mí quería gritar que nada de eso serviría contra La Legión, que solo la Iglesia tenía poder real. Pero otra parte, la que estaba agotada de rezar hasta quedarme ronco, pensó que tal vez valía la pena intentarlo.

—¿Cuándo vienen? —pregunté.

—Hoy. A las diez de la mañana.

El grupo interdisciplinario llegó puntual: cuatro personas en una camioneta negra, sin rótulos; discretos y equipo. El líder se llamaba Roberto, un hombre de unos cincuenta años, barba canosa bien recortada, gafas de montura metálica y voz calmada que inspiraba confianza. Lo acompañaban Laura, una mujer joven con tatuajes de símbolos protectores en los brazos; Marco, un ingeniero electrónico que cargaba la mayoría de los aparatos; y Sofía, una médium sensitiva que, desde que descendió de la camioneta, no dejó de mirar las paredes, como si viera algo que nosotros no.

Nos reunimos en la sala. Mis padres les contaron todo: las luces que se apagaban solas, los arañazos, las marcas en mi cuerpo, la parálisis del sueño con la súcubo, los gruñidos animales, la posesión de mis amigos. Yo agregué lo de la Ouija, Esteban Ruiz y La Legión de demonios. Roberto escuchó sin interrumpir, tomaba notas en una libreta negra.

—No somos exorcistas —aclaró—. No reemplazamos a la Iglesia. Lo que hacemos es investigar, documentar y, si es posible, limpiar de energía negativa el lugar. A veces eso basta para debilitar la entidad y facilitar un ritual religioso posterior.

Empezaron a las once de la mañana y trabajaron todo el día.

Primero hicieron un recorrido completo de la casa con medidores EMF (campos electromagnéticos), termómetros láser y cámaras infrarrojas. Marco explicaba cada aparato mientras caminaba: picos en los EMF podían indicar presencia espiritual; bajones bruscos de temperatura, lo mismo. En mi habitación el

medidor se volvió loco: saltaba de 0.2 a 9.8 *miligauss* sin razón aparente. La temperatura cayó cinco grados en segundos.

—Aquí hay algo muy fuerte —dijo Laura, frotándose los brazos—. Se siente pesado, como si el aire pesara toneladas.

Luego instalaron cámaras fijas en la sala, en mi cuarto y en el pasillo. Colocaron sensores de movimiento y grabadoras de audio digitales en puntos estratégicos. Sofía, la médium, caminaba con los ojos cerrados y tocaba las paredes.

—Siento muchas capas —murmuró—. No es solo una entidad. Hay varias. Una muy antigua, furiosa. Otra... seductora. Y un muerto reciente que aún no acepta su partida.

Me estremecí. Pensé en Jacinto, el sirviente de Ruiz, y en Carlos.

Alrededor de las tres de la tarde, decidieron intentar una sesión de psicofonías en mi habitación, el epicentro de todo.

Roberto sacó una grabadora profesional: audífonos de diadema y un micrófono direccional de alta sensibilidad. Explicó que las psicofonías eran voces del más allá captadas en frecuencias que el oído humano no percibe en tiempo real, pero que quedan grabadas.

—Vamos a hacer preguntas simples y respetuosas —dijo—. Si hay alguien, que se manifieste. No provocaremos, solo invitaremos a comunicarse.

Nos sentamos en círculo: Roberto, Laura, Sofía, Marco, mis padres y yo. Las cortinas estaban cerradas; solo la luz de una lámpara tenue. El silencio era tan denso que se oía el tictac del reloj de la cocina.

Roberto encendió la grabadora, se puso los audífonos y habló con voz calmada y clara:

—¿Hay alguien en esta habitación con nosotros en este momento? Si es así, por favor hazte sentir. ¿Alguien que quiera comunicarse con nosotros? ¿Quién eres? ¿Qué quieres de esta familia? ¿Tienes algún mensaje para ellos? ¿Necesitas ayuda para encontrar la paz?

Esperamos.

Al principio nada. Solo el zumbido leve de los aparatos.

Luego, de pronto, se sintió un frío que calaba hasta los huesos. Fue como si alguien hubiera abierto una nevera gigante y nos hubiera metido dentro. Mi aliento se volvió visible. Mamá se abrazó a sí misma; papá palideció. Sofía abrió los ojos de golpe.

—Está aquí —susurró—. Muy cerca.

Roberto aún preguntaba, imperturbable.

—¿Puedes decirnos tu nombre? ¿Por qué estás atado a este lugar?

En la grabadora, aunque nosotros no oíamos nada en tiempo real, Roberto frunció el ceño. Rebobinó unos segundos y puso el altavoz.

Una voz gutural, múltiple, como varias gargantas que hablaban al unísono, dijo con claridad:

—Legión... Somos muchos... El alma del muchacho... Será nuestra...

Todos nos miramos. Mis padres se persignaron. Yo sentí que el corazón se me detenía.

Roberto no perdió la calma.

—Gracias por responder. ¿Por qué quieres a este joven?

La respuesta llegó más rápido, más agresiva:

—El nos invocó y desafió, ahora pagará el precio.

Laura sacó un péndulo de cuarzo. Lo sostuvo sobre una tabla de sí/no que tenía impresa.

—Vamos a confirmar —dijo—. Si el péndulo gira en sentido horario, es sí; antihorario, no.

Empezó a preguntar lo mismo que Roberto. El péndulo permaneció inmóvil al principio. Luego, con lentitud, comenzó a girar en el sentido de las manecillas del reloj con tanta fuerza que casi se le escapa de los dedos.

Sofía se levantó de golpe.

—Hay un vórtice —dijo mientras señalaba a una de las paredes de mi habitación, la misma de donde habían salido las manos huesudas meses atrás—. Un portal energético. Es por ahí por donde entran y salen.

Marco acercó su medidor EMF a la pared. La lectura se disparó a niveles imposibles: más de 100 *miligauss*. El termómetro marcó una caída de diez grados solo en ese punto.

—Confirmado —dijo, pálido—. Anomalía extrema localizada.

Roberto asintió.

—Vamos a intentar limpiar.

Sacaron una campana tibetana grande, de bronce oscuro, con grabados de símbolos budistas. Laura explicó mientras la preparaba:

—Esta campana rompe la mala energía, armoniza el yin y el yang, y en muchas tradiciones se usa para ahuyentar demonios. El sonido eleva la vibración del lugar.

Empezó a golpearla de forma suave con un mazo de madera. El sonido fue profundo, resonante, como un lamento

antiguo que llenaba toda la casa. Al principio fue hermoso, casi tranquilizador. Pero a medida que el tono se sostenía, el aire se cargó de electricidad estática. Los vellos de mis brazos se erizaron.

Sofía empezó a entonar un mantra en sánscrito. Roberto abrió una Biblia pequeña y comenzó a leer el salmo 91 en voz alta. Marco roció agua bendita de manera directa sobre la pared del vórtice.

Eso no le gustó a la entidad.

Primero, los focos comenzaron a parpadear. Uno, dos, tres veces. Luego más rápido, como un estroboscopio. El sonido de la campana se distorsionó, se volvió grave, amenazante. La temperatura cayó tanto que escarcha empezó a formarse en las ventanas.

Un gruñido bajo retumbó desde la pared. No era humano. Era como si la casa misma rugiera.

Entonces empezó la agresión.

Un golpe seco resonó en el techo, como si algo pesado hubiera caído. Luego otro. Y otro. Era como si alguien caminara arriba, pero con pasos que hacían crujir las vigas de manera imposible.

Laura dejó de tocar la campana. El péndulo se detuvo en seco y cayó al suelo.

De la pared salió un humo negro, denso, que se arremolinaba como una serpiente. Se concentró en el centro de la habitación y empezó a tomar forma: alta, encorvada, con ojos rojos como brasas. La misma figura que había visto en el sótano de Carlos.

Marco gritó cuando su cámara infrarroja voló de la mesa y se estrelló contra el piso. La grabadora de Roberto se encendió

sola y empezó a reproducir la voz de La Legión a volumen máximo:

—Fuera... Está casa... Es nuestra...

Mis padres se abrazaron. Yo me quedé paralizado, rezaba en silencio.

La entidad se lanzó contra Sofía primero. La médium cayó hacia atrás, como si una mano invisible la empujara. Se golpeó la cabeza contra la cabecera de mi cama y quedó semiinconsciente, con sangre en la sien.

Laura intentó protegerla con la campana, pero el objeto salió disparado por los aires de sus manos y se estrelló contra la pared, partiéndose en dos.

Roberto abrió la Biblia de nuevo y gritó una oración de protección, mientras rociaba agua bendita en cruz. El humo retrocedió un poco, pero contraatacó: los focos explotaron uno tras otro. Vidrio caliente llovió sobre nosotros. La habitación quedó a oscuras, solo iluminada por el resplandor rojo de los ojos de la entidad.

Marco intentó correr hacia la puerta, pero algo lo levantó del suelo y lo arrojó contra la pared del vórtice. Cayó inerte.

Papá tomó a mamá del brazo y me gritó:

—¡Salgan! ¡Todos afuera!

Pero la puerta de mi habitación se cerró de golpe. El picaporte giró solo, como si alguien la hubiera asegurado desde dentro.

La entidad se acercó a Roberto. El investigador levantó la cruz que llevaba colgada y siguió con los rezos, pero su voz temblaba. La figura extendió una mano negra, con uñas como garras, y lo arañó en el pecho. Roberto gritó; la camisa se rasgó y sangre brotó de cuatro surcos profundos.

Eso fue el detonante.

Laura, aterrorizada, tomó a Sofía semiconsciente y corrió hacia la ventana. La abrió de un golpe y saltó al patio trasero. Marco se arrastró detrás, y dejó un rastro de sangre. Roberto, herido, fue el último en retroceder.

—¡Lo siento! —gritó antes de salir—. ¡Es demasiado fuerte! ¡Necesitan un exorcista de verdad, no investigadores!

La puerta se abrió sola cuando ellos huyeron. Corrieron a la camioneta y dejaron la mayoría de sus aparatos: cámaras, medidores, la campana rota, la grabadora aún encendida en el suelo.

Mis padres y yo quedamos solos en la oscuridad.

El humo se disipó con lentitud. Los ojos rojos se desvanecieron con una risa gutural que resonó en toda la casa. Encendimos las luces de emergencia. La habitación era un desastre: muebles volcados, vidrio por todos lados, sangre en la pared. La grabadora aún grababa. Roberto la había dejado encendida por accidente.

Con manos temblorosas, la recogí y rebobiné.

Entre las preguntas y los gritos, se oían voces claras, múltiples:

—No sé irán... Nunca... Esta casa es nuestra... Y el muchacho... Nos pertenece...

Y al final, justo antes de que huyeran, una voz que reconocí con horror absoluto: la voz de Carlos, pero distorsionada, múltiple.

—Ven a mi casa... La tabla está lista... Jugaremos otra vez...

Mis padres me abrazaron, lloraban. Por primera vez, entendieron que no era solo mi problema. La entidad había marcado la casa entera.

Esa noche dormimos los tres juntos en la sala, con todas las luces encendidas y la Biblia abierta sobre la mesa.

Pero en la pared de mi habitación, donde había estado el vórtice, apareció una nueva marca durante la noche: arañazos profundos que formaban una palabra clara, sangrante: «Legión».

Sabíamos que los investigadores no volverían. Sabíamos que la policía no creería. Sabíamos que el padre Ramón luchaba por conseguir permiso del obispo.

Y sabíamos que La Legión ya no esperaba más.

Estaba listo para el ataque final.

## CAPÍTULO 7 *LOS ESPIRITUS VIENEN POR ANA*

**M**arzo llegó como un susurro helado. La ciudad parecía contener la respiración, a la espera del siguiente golpe. Yo ya no iba a la escuela; mis padres habían hablado con el director y me dio permiso indefinido por «problemas de salud». En realidad, era por seguridad: después de lo que les pasó a los investigadores paranormales, nadie quería arriesgar que La Legión se manifestara en un salón lleno de adolescentes. Dormía poco, comía menos, y cada ruido en la casa me hacía saltar. El padre Ramón venía casi a diario, rezaba oraciones de protección, pero su rostro estaba cada vez más cansado. «El obispo aún revisaba el caso», decía. «Pronto tendremos autorización para el exorcismo mayor». Pero «pronto» empezaba a sonar como «nunca».

Una tarde de viernes, mi celular vibró con un mensaje de Ana. Hacía semanas que no escribía. El texto era corto, desesperado:

«Parque de siempre. 6 pm. Necesito verlos a todos. Por favor vengan. No puedo más».

Miguel, Pedro y yo llegamos casi al mismo tiempo. El parque estaba casi vacío; el viento frío movía las hojas secas como huesos que rodaban. Ana ya estaba allí, sentada en el banco donde solíamos pasar las tardes. Tenía el cabello desarreglado, ojeras profundas, y abrazaba sus rodillas como si el mundo entero le pesara encima. Cuando nos vio, rompió a llorar. Llorar de verdad, con sollozos que le sacudían el cuerpo.

Nos sentamos a su alrededor. Miguel le puso una mano en el hombro; Pedro sacó su rosario y empezó a rezar en voz baja. Yo solo la miré, esperaba.

—Llevo días que me pasan cosas extrañas por las noches —empezó, entre sollozos—. Al principio eran sueños. Pesadillas donde me ahogaba en humo negro. Luego empecé a despertar con arañazos en los brazos. Pensé que me rascaba dormida. Pero ayer... ayer fue diferente.

Hizo una pausa larga, como si revivirlo le costara la vida.

—A las tres de la mañana más o menos, comencé a sentir mucho frío. Un frío que calaba hasta los huesos, como si me hubieran metido al congelador. Me desperté temblorosa, con los dientes que me castañeaban. Encendí la luz, pero el frío no se iba. Sentía... sentía que alguien me observaba desde las sombras. La habitación estaba oscura en las esquinas, aunque la lámpara de noche estaba prendida. Y entonces... lo vi.

Ana se cubrió la cara con las manos. Sus hombros temblaban.

—Era un anciano. Horrible. Lleno de maldad y odio. Estaba a los pies de mi cama, mirándome fijo, sonreía de manera burlona sin quitarme los ojos de encima. Se quedó así varios minutos, sin moverse, solo mirándome. Yo no podía gritar, no podía moverme. Solo mirar.

Miguel le apretó el hombro más fuerte.

—¿Qué hizo después? —pregunté, aunque ya sabía que no quería oírlo.

—Se giró despacio y empezó a caminar, arrastraba los pies. El sonido era horrible, como si sus zapatos estuvieran llenos de tierra húmeda. Me pregunté: «¿Qué hace este anciano en mi recámara? ¿Cómo entró? ¿Quién lo dejó pasar? Y, sobre todo, ¿qué quiere de mí?». Lo veía bien a pesar de la oscuridad: encorvado, andrajoso, con una ropa vieja y rota que olía a humedad y podredumbre. Calvo en la coronilla, con mechones largos y blancos que le caían como telarañas. Nariz larga y torcida, como si se la hubieran roto muchas veces.

Ana respiró hondo, temblaba.

—Se acercaba con lentitud, paso a paso. Pero de repente, en un abrir y cerrar de ojos, ¡ya estaba a un lado de mi cama! Se agachó, acercaba su cara asquerosa a la mía. Lo vi de cerca: le faltaban casi todos los dientes, y los pocos que tenía estaban podridos, verdosos, con pedazos de comida vieja entre ellos. Jadeaba como un animal en celo, babeaba. El hedor de su aliento era putrefacto, penetrante, como carne dejada al sol semanas.

Pedro dejó de rezar. Miguel palideció. Yo sentí náuseas.

—Entonces sacó la lengua. ¡Era enorme y negruzca! Como de serpiente, bifurcada en la punta. La metía y sacaba, moviéndola obscenamente, lamiéndose los labios, agitándola en todas direcciones, siempre con esa mueca burlona. Se inclinó más; su saliva casi cae en mi boca. Giré la cabeza rápido para evitarlo, pero me agarró con sus manos huesudas y esqueléticas, frías como hielo. Intentó meterme esa lengua repugnante en la boca. Cerré los labios con toda mi fuerza, pero él empujaba, jadeaba más fuerte.

Ana lloraba sin control ahora.

—Quería moverme, gritar, lo intenté con todo mi ser, pero no podía. No era que algo me detuviera de manera física; era el horror puro lo que me paralizaba. Como pude, giré la cabeza un poco y le pregunté:

»¿Quién eres y qué quieres? ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no trasciendes y te vas al cielo con Dios?

»Para mi asombro, dejó de lamerme y se quedó quieto. Se acercó a mi oído, su aliento quemándome la piel, y con una voz cavernosa, pausada, como si hablara desde el fondo de un pozo, dijo:

—¡Me da miedo el castigo eterno!

—La piel se me erizó entera; un escalofrío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Volví a preguntarle, con la voz temblorosa:

»¿Quién fuiste en vida? ¿Por qué sigues aquí? Se acercó de nuevo al oído y respondió.

—¡Soy un pecador, estoy condenado!

—Sin pensarlo, le dije:

»No importa lo que hayas hecho, puedes alcanzar el perdón de Dios Nuestro Señor. ¡Arrepiéntete! Él se apartó un poco, me miró fijo, y soltó una risa horrible:

—¡Nooooo! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

—El sonido de esa risa me heló la sangre. Le pregunté de nuevo, casi gritándole:

»¿Qué quieres? ¡Dime! Y él gritó, su voz retumbó en mi cabeza:

—¡A ti! ¡Te queremos a ti! ¡Tú nos perteneces! ¡Tú abriste el portal! ¡Tú eres la luz!

—Me quedé helada. Le pregunté;

»¿A quién más te refieres, aparte de ti? Con esa voz horrible, respondió:

—¡Somos varios atrapados aquí!

—¿Quién los tiene atrapados? —insistí.

—¡Él! —dijo, mientras señalaba con un dedo huesudo hacia la oscuridad de la pared.

—¿Quién es él? —volví a preguntar, desesperada.

—Pero en ese momento... desapareció. Se esfumó como humo. El anciano se fue de repente, dejó solo el frío y el olor a

podredumbre. La parálisis se rompió. Grité, encendí todas las luces, desperté a mis papás. Revisamos toda la casa: puertas y ventanas cerradas con llave. Nadie había entrado.

Ana se limpió las lágrimas con la manga.

—Desde entonces no he dormido. Siento que me vigilan todo el tiempo. Y sé... sé que no era solo un fantasma. Era algo peor. Estaba aliado con La Legión. Me lo dijo: «Tú abriste el portal». Todos lo abrimos, pero ahora me buscan a mí.

Nos quedamos en silencio un rato largo. El viento soplaba más fuerte. Pedro fue el primero en hablar.

—Es Esteban Ruiz —dijo con voz temblorosa—. El ocultista. Las descripciones coinciden con las fotos antiguas que encontramos en la hemeroteca: calvo en la coronilla, nariz rota de una pelea juvenil, ropa andrajosa al final de su vida cuando enloqueció. Está condenado, atrapado entre mundos por su propio ritual fallido. Y La Legión lo usa como mensajero... o como cebo.

Miguel asintió.

—Y dijo «tú eres la luz». Ana siempre fue la más escéptica, la que más se burló de las supersticiones. Como yo al principio. La Legión odia la incredulidad; la ve como una luz que quiere apagar.

Yo sentí culpa pesada en el pecho.

—Lo siento, Ana. Todo esto es por la Ouija. Por mí, por todos nosotros.

Ella me miró con ojos rojos.

—No es solo culpa. Es supervivencia. Si Ruiz vino a mí, vendrá por cada uno. Y si La Legión lo controla... pronto vendrá él mismo.

Decidimos actuar. Pedro contactaría al padre Ramón para contarle lo de Ana. Miguel propuso ir a la casa de Carlos, aunque nos aterraba. Yo... yo solo quería que terminara.

Pero esa noche, mientras caminaba a casa, recibí un mensaje desde el número de Carlos:

«La luz más brillante es la que más quema. Pronto vendré por ella. Y luego por ti».

Adjunta una foto: Ana dormida en su cama, tomada desde los pies. La fecha del archivo: esa misma madrugada, a las 3:07 am.

El anciano no estaba solo.

La Legión ya había elegido su siguiente víctima.

Y Ana era solo el comienzo.

## CAPÍTULO 8 EXORCISAN A UNA MONJA

La foto en mi celular me dejó helado. Era Ana, dormida en su cama, con el rostro pacífico que contrastaba con el horror que sabía se cernía sobre ella. La hora: 3:07 a.m., justo después de que el anciano —Esteban Ruiz— la hubiera visitado. Y el remitente: el número de Carlos, que ahora era solo un eco poseído de La Legión. Corrí a casa, el viento de marzo azotándome la cara como dedos invisibles. Llamé a mis padres desde el camino, les conté lo del mensaje. Papá, siempre práctico, dijo que avisaría al padre Ramón.

Mamá solo lloró al teléfono.

Esa noche, no dormí. Me senté en la sala con todas las luces encendidas, el rosario en la mano, esperaba que el amanecer trajera algo de alivio. Pero el amanecer no llegó solo. A las 6 a.m., mi teléfono vibró con un mensaje grupal de Ana: «Ayuda. Está pasando de nuevo. Vengan a mi casa. Por favor». Miguel y Pedro respondieron al instante: «En camino». Yo salí a prisa, el corazón latíendome como un tambor desquiciado.

La casa de Ana era un departamento modesto en un edificio de los años 70, en una colonia tranquila del sur de la ciudad. Cuando llegué, la puerta estaba entreabierta. Entré sin llamar, el pasillo oscuro a pesar de la luz matutina que se filtraba por las ventanas. Ana estaba en la sala, acurrucada en el sofá, envuelta en una cobija, temblorosa. Sus padres no estaban; habían salido temprano al trabajo, ignorantes de lo que ocurría. Miguel y Pedro llegaron minutos después, jadeantes.

—Anoche volvió —dijo Ana con voz quebrada, sin preámbulos—. Ruiz. Pero no solo. Trajo... a ellos.

Nos contó todo, detalle por detalle, como si revivirlo la ayudara a exorcizarlo. La habitación fría de nuevo, el frío que se

metía en los huesos como agujas heladas. Despertó a las 3:00 a.m. en punto, el reloj digital parpadeaba en rojo. Al principio, pensó que era otra pesadilla. Pero no. El aire olía a tierra húmeda, a tumba abierta. Sintió la presencia: ojos invisibles clavados en ella desde la oscuridad de la pared opuesta a su cama.

Y entonces lo vio. El anciano, Esteban Ruiz, materializándose como humo que se condensa. Encorvado, andrajoso, con su calva que brillaba bajo la luz mortecina de la luna que se filtraba por las cortinas. Su sonrisa burlona, dientes podridos se asomaban como lápidas rotas. Pero esta vez, no estaba solo. Detrás de él, sombras se formaron: figuras etéreas, desdibujadas, pero de manera inconfundible humanas. Una mujer alta, con vestido del Porfiriato rasgado, el rostro desfigurado por cortes profundos que aún parecían sangrar humo negro. Y tres niños —dos niñas y un niño— con ojos hundidos, piel grisácea, bocas abiertas en gritos silenciosos. Eran la esposa e hijos de Ruiz, las víctimas del ritual fallido de 1895. Sus rostros no eran humanos del todo: los ojos eran pozos negros, las bocas torcidas en muecas de agonía eterna, susurraban en coro: «Únete a nosotros... únete a nosotros».

Ana se paralizó de nuevo. El anciano se acercó con los pies arrastrándolos, el sonido como uñas que raspaban la madera. Las sombras lo seguían, flotaban como fantasmas en una procesión macabra. La mujer extendió una mano translúcida hacia Ana, sus dedos terminaban en garras. «Ven, hija... el dolor termina aquí... únete a nosotros». Los niños se acercaron a los pies de la cama, susurraban con voces infantiles distorsionadas: «Jugamos en la eternidad... no hay fin... únete a nosotros».

Ruiz se inclinó sobre Ana, su aliento fétido invadía el espacio. Sacó esa lengua negruzca de nuevo, lamiéndose los labios con obscenidad. Pero esta vez, las sombras participaron. La esposa flotó al lado opuesto de la cama, susurrándole al oído de Ana: «Mi esposo te quiere... te necesita... únete a nosotros». Uno de los niños trepó a la cama, su peso etéreo pero opresivo,

tocaba el pie de Ana con dedos fríos que quemaban como hielo seco.

Ana luchó contra la parálisis. Gritó en su mente, pero su voz salió débil: «¿Por qué? ¿Por qué me hacen esto?».

Ruiz rio, esa risa cavernosa que reverberaba en las paredes. «Porque abriste la puerta, luz mía... tú y tus amigos... únete a nosotros».

Las sombras se cerraron. La esposa le dio un beso en la frente, dejándole una marca helada que aún ardía esa mañana. Los niños tiraron de las sábanas, susurrándole de forma incesante: «Únete... únete». Ana rezó, gritó el Padre Nuestro a medias, y al final, las figuras se disolvieron en humo, dejándole solo un eco de sus susurros y un olor a carne podrida.

Cuando terminó de contar, Ana nos mostró la marca en su frente: una mancha roja, como una quemadura en forma de cruz invertida. Pedro se persignó. Miguel maldijo en voz baja. Yo sentí que el mundo se cerraba sobre nosotros.

—No podemos esperar más —dije—. El padre Ramón dijo que el permiso del obispo llegará pronto, pero esto... esto es una declaración de guerra.

Decidimos quedarnos con Ana esa noche. Sus padres, al volver del trabajo, nos dejaron; sabían lo suficiente para no preguntar. Cenamos en silencio, la tensión palpable. Instalamos cruces en las paredes, rociamos agua bendita, rezamos rosarios hasta que nos dolieron las rodillas. Pero a medida que la noche caía, el departamento se volvía opresivo. Las luces parpadeaban, el viento aullaba fuera como almas condenadas.

A las 2:50 a.m., empezó.

Primero el frío. Un descenso brusco de temperatura que nos hizo triritar a todos. Estábamos en la sala, sentados en círculo, con velas benditas encendidas. Ana palideció.

—Ya vienen —susurró.

Los ruidos: rasguños en las paredes, como uñas que trataban abrirse paso. Luego, voces: susurros lejanos, infantiles, repetían «únete a nosotros». Miguel se levantó, crucifijo en mano. Pedro empezó a rezar en voz alta. Yo corrí a la habitación de Ana, donde todo había empezado.

Allí estaba. Ruiz, materializado al pie de la cama, su silueta encorvada recortada contra la ventana. Detrás de él, las sombras: la esposa con el rostro desfigurado por cortes que goteaban humo, los niños con ojos negros y bocas abiertas. «Únete a nosotros», susurraban, al tiempo que extendían sus manos etéreas.

Ruiz avanzó, arrastraba los pies. Su lengua salió, negruzca, moviéndose de forma obscena. «La luz... ven a mí... únete a nosotros».

Ana entró detrás de mí, gritaba. Intentó rezar, pero el frío la paralizó. Las sombras se movieron: la esposa flotó hacia ella, tocándola en el brazo. Ana gritó de dolor; una marca helada apareció en su piel. Los niños rodearon la cama, susurraban más fuerte: «Jugaremos en la eternidad... no hay escape... únete a nosotros».

Miguel irrumpió con agua bendita, rociándola. Las sombras retrocedieron un poco, siseaban como vapor. Pero Ruiz rio. «Tontos... el ritual no se detiene... únense a nosotros».

Pedro llegó con la Biblia, leía salmos a voz en cuello. La habitación tembló. Objetos volaron: libros, lámparas, golpeándonos. Una vela se apagó, y en la oscuridad parcial, las sombras crecieron. La esposa se acercó a Pedro, susurrándole: «Tu fe es falsa... únete a nosotros». Él cayó de rodillas, pero rezaba más fuerte.

Yo enfrenté a Ruiz. «¡Vete! ¡En nombre de Dios!».

Él se inclinó hacia mí, su aliento putrefacto envolviéndome. «Tú abriste la puerta, muchacho... pero ella es la luz que necesitamos... únete a nosotros».

Las sombras atacaron. Uno de los niños se abalanzó sobre Miguel, tocándolo en el pecho. Miguel gritó; su cicatriz vieja se abrió y comenzó a sangrar. La otra niña flotó hacia mí, su rostro desfigurado susurraba: «Papá nos mató... ahora jugamos contigo... únete a nosotros».

Ana colapsó en la cama, las sombras rodeándola. Ruiz se acercó, su lengua extendiéndose hacia su cara. «Ven, luz... ilumínanos en la oscuridad eterna».

En un acto desesperado, tomé la botella de agua bendita y la rocié sobre Ruiz. Humo negro surgió de su forma, y él aulló. Las sombras se retorcieron, susurraban con furia: «¡No! ¡Únete a nosotros!».

El padre Ramón llegó al amanecer, alertado por una llamada mía. Entró en la habitación, que ahora era un caos: muebles volcados, marcas heladas en las paredes, nosotros heridos y exhaustos. Examinó a Ana, que temblaba de forma incontrolable.

—Es el comienzo del fin —dijo con voz grave—. Las víctimas de Ruiz están atadas a él. La Legión las usa para drenar su voluntad. Debemos actuar ya.

Pero el permiso del obispo aún no llegaba. Esa noche, las sombras volvieron, más agresivas. Ruiz y su familia espectral invadieron no solo la habitación de Ana, sino toda la casa. Susurraban desde las paredes: «Únete a nosotros». Tocaban nuestra piel, para dejar quemaduras heladas. Ana gritaba, viéndolos en cada sombra.

## CAPÍTULO 9 **EXORCISAMOS A** **CARLOS**

**E**l sol de abril se filtraba con debilidad entre nubes grises cuando nos reunimos en la esquina del parque, el mismo donde Ana nos había contado su encuentro con Ruiz y sus sombras. Habían pasado apenas veinticuatro horas desde el ataque en su departamento, pero nos sentíamos como si hubiéramos envejecido años. Ana llevaba una bufanda alta para ocultar la marca en su cuello; Miguel tenía los ojos hundidos, como si el fragmento de La Legión que aún llevaba dentro lo devorara con lentitud; Pedro apretaba su rosario hasta que los nudillos se le ponían blancos. Yo cargaba una mochila con agua bendita, cruces y la medalla de San Benito que el padre Ramón me había dado.

Por suerte él nos acompañaba. Había recibido por fin la autorización del obispo esa misma mañana: un exorcismo mayor, pero con una condición no negociable: debía realizarse en el lugar donde se abrió el portal original, el sótano de la casa de Carlos. «El mal está anclado allí», nos dijo con voz grave mientras subíamos a su viejo automóvil. «Si no lo enfrentamos en su terreno, nunca se irá».

Llegamos a la casona del Porfiriato al atardecer. La casa parecía respirar. Las ventanas altas, con vidrios rotos, reflejaban la luz naranja como ojos inyectados en sangre. La puerta principal estaba entreabierta, invitándonos. El jardín estaba salvaje: maleza alta, flores marchitas que olían a podredumbre. Un silencio opresivo lo cubría todo; ni un perro ladraba en la calle, ni un auto pasaba.

Entramos en fila. El padre Ramón iba primero, crucifijo en alto, estola púrpura al cuello, maletín con el *Rituale Romanum* y aceites sagrados. Nosotros lo seguíamos en silencio. El vestíbulo estaba oscuro, polvo que flotaba en los rayos de luz que entraban por las rendijas. Los muebles antiguos estaban cubiertos de telarañas. En la pared del fondo, alguien había escrito con carbón o sangre seca: «BIENVENIDOS A CASA».

Los padres de Carlos estaban en la sala contigua. Los encontramos sentados en el sofá, uno al lado del otro, con las manos atadas a la espalda con cuerdas gruesas. Tenían los ojos abiertos pero vacíos, como muñecos. En sus frentes, tallada con algo afilado, la palabra LEGIÓN en letras irregulares. Aún respiraban, pero no reaccionaban a nuestras voces. El padre Ramón les hizo la señal de la cruz y murmuró una bendición; sus párpados temblaron de manera sutil, pero nada más.

—Están en estado catatónico —dijo—. El demonio los mantiene como rehenes para evitar que interfieran.

Bajamos al sótano.

Las escaleras crujieron bajo nuestros pies como huesos viejos. El aire se volvió más frío y denso a cada paso, como si descendiéramos a una cripta. El olor a azufre y tierra húmeda nos golpeó antes de llegar abajo. Cuando encendimos las linternas de los celulares, vimos el horror.

El sótano había cambiado. Las paredes estaban cubiertas de símbolos tallados: cruces invertidas, pentagramas, palabras en latín y náhuatl mezcladas. En el centro, sobre la mesa vieja donde jugábamos con la Ouija, estaba reconstruida. No con madera nueva, sino con los fragmentos quemados que habíamos enterrado, unidos con algo oscuro y viscoso (huesos pequeños, dientes, mechones de cabello). El triángulo estaba hecho de un material blanquecino que parecía hueso pulido. Alrededor, velas negras encendidas, cera derritiéndose como sangre.

Y allí estaba Carlos.

Sentado frente a la tabla, con las manos sobre el triángulo. Vestía la misma ropa con la que había desaparecido tiempo atrás, pero ahora estaba sucia, rasgada. Su piel era grisácea, venas negras recorriéndole el cuello y los brazos. Sus ojos... negros en su totalidad, sin blanco, brillaban con una luz interna roja. Cuando nos vio, sonrió. Una sonrisa amplia, demasiado amplia, que mostró dientes afilados que no eran humanos.

—Llegaron —dijo con una voz que era múltiple: la de Carlos, pero debajo resonaban muchas más, como un coro de condenados—. Los esperaba.

El padre Ramón dio un paso al frente, crucifijo alzado.

—En el nombre de Jesucristo, te ordeno que reveles tu nombre y abandones este lugar.

La Legión rio. El sonido retumbó en las paredes y provocó que temblaran las velas.

—Mi nombre es Legión, porque somos muchos. Y este lugar... es nuestro hogar desde antes de que sus abuelos nacieran.

Se levantó con lentitud. Al hacerlo, las sombras en las paredes cobraron vida. Se desprendieron como humo y tomaron forma: Esteban Ruiz, encorvado y babeante, con su lengua negruzca; Jacinto, el sirviente, con la herida del puñal aún abierta en el cuello; la esposa de Ruiz, con cortes profundos en la cara; los tres niños, con ojos negros y bocas abiertas en gritos silenciosos. Y más figuras que no reconocíamos: jóvenes con ropa de diferentes épocas, desde los años 30 hasta los 90, todos con expresiones de agonía eterna. Almas atrapadas por la Ouija a lo largo de décadas.

—Únanse a nosotros —susurraron todas al unísono.

Ana retrocedió, cubriéndose la marca en el cuello. Miguel se tocó el pecho, donde su cicatriz empezó a sangrar de nuevo. Pedro rezaba con frenesí.

El padre Ramón abrió el *Rituale* y comenzó el exorcismo mayor.

—*Exorcizo te, omnis spiritus immunde, in nomine Dei Patris omnipotentis...*

Las velas se apagaron de golpe. La oscuridad fue total por un segundo. Luego, una luz roja brotó del centro de la Ouija; lo que iluminó todo con un resplandor infernal.

La Legión avanzó. Su cuerpo se contorsionó, huesos que crujían. Creció en altura, la piel rasgándose para mostrar algo oscuro debajo. Cuernos retorcidos brotaron de su frente. Sus manos se convirtieron en garras.

—No funcionará, sacerdote —gruñó—. Esta casa está construida sobre huesos antiguos. El ritual de Ruiz solo despertó lo que ya dormía aquí. Somos eternos.

Intentó atacar al padre Ramón. Yo me interpose, rociándole agua bendita. El líquido chisporroteó al tocarlo, y La Legión aulló al tiempo que se retorció. Pero las sombras atacaron. Ruiz se abalanzó sobre Ana, lamiéndole la cara con su lengua obscena. Ella gritó. Los niños rodearon a Pedro y jalaron de su sotana, susurrándole «únete a nosotros». Jacinto agarró a Miguel por el cuello, levantándolo del suelo.

El padre Ramón continuó las oraciones, voz firme. Impuso las manos sobre la Ouija. El tablero vibró de forma violenta. El triángulo se movió solo: «L-E-G-I-Ó-N... N-U-N-C-A... S-E... V-A».

Pero entonces pasó lo peor.

Una de las sombras —la hija de Ruíz, con ropa rota— se metió en Pedro. Su cuerpo se sacudió. Cayó de rodillas, los ojos volteándose hacia atrás.

—Papá me mató... ahora tú eres papá... únete a nosotros...

Pedro empezó a arañarse la cara, sangre brotaba.

—¡No! —gritó el padre Ramón, volviéndose hacia él para un exorcismo secundario.

Eso dio tiempo a La Legión de abalanzarse sobre mí, garras extendidas. Me arañó el pecho, cinco surcos profundos que ardieron como fuego. Caí al suelo, aturdido.

Ana tomó una cruz y la clavó en la Ouija. El tablero se partió, humo negro salía. La Legión aulló de dolor. Las sombras se retorcieron.

Pero no fue suficiente.

La Legión levitó elevándose del suelo. Su boca se abrió de forma inhumana.

—Uno de ustedes será mi nuevo huésped permanente. El resto... alimento para mis hijos.

Señaló a Ana.

—Tú, luz. Ven a mí.

Ana empezó a deslizarse hacia él, como atraída por una fuerza invisible. Sus pies raspaban el suelo. Gritaba, pero no podía detenerse.

Miguel, que luchaba contra Jacinto, gritó:

—¡Quemen la tabla!

Saqué el encendedor que llevaba. Prendí fuego a los fragmentos de la Ouija. Las llamas crecieron rápido, alimentadas

por la sustancia viscosa. Legión aulló más fuerte. Las sombras se disolvieron de forma parcial.

El padre Ramón aprovechó. Impuso las manos sobre Carlos flotante.

—¡En el nombre de Jesucristo Nazareno, te ordeno salir de este cuerpo y regresar al infierno!

Un viento sobrenatural sopló. Las llamas rugieron. Carlos convulsionó en el aire. Vomitó bilis negra. Sus ojos negros brillaron rojo intenso.

Y entonces... algo salió.

Una masa negra, amorfa, con ojos y bocas múltiples, se desprendió de Carlos y se elevó hacia el techo. Aullaba con mil voces. Las sombras restantes se unieron a ella para formar una nube demoníaca.

Carlos cayó inerte al suelo.

Pensamos que habíamos ganado.

Pero la masa se detuvo en el techo. Se expandió. Y habló con la voz de La Legión:

—No me iré. Esta casa me pertenece. Y ustedes también... todos morirán.

La nube se filtró por las grietas del techo para desaparecer.

Carlos abrió los ojos. Eran normales. Humanos. Lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Gracias... —susurró.

Pero el padre Ramón miró el techo con horror.

—No se fue. Solo se escondió. Está más débil... pero volverá. Y cuando lo haga, será peor.

## *LA OUIJA*

Salimos de la casa tambaleándonos. Carlos apenas podía caminar; lo sosteníamos entre Miguel y yo. Los padres de Carlos seguían catatónicos; llamamos una ambulancia.

La casa quedó atrás, oscura, silenciosa.

Pero en mi mochila, entre las cenizas que recogí por instinto, algo se movió. Un fragmento pequeño de la Ouija, aún tibio.

Y en la noche, cuando llegué a casa, oí un susurro desde mi cuarto:

—Volveremos... siempre volvemos...

El horror no había terminado.

Solo había cambiado de forma.

## CAPÍTULO 10 CERRAMOS EL PORTAL

Carlos no volvió a su casa. Después del exorcismo parcial en el sótano, su cuerpo estaba débil, como si La Legión hubiera drenado años de vida en meses. El padre Ramón lo llevó a la parroquia de San Rafael, un edificio antiguo en la colonia, donde el suelo consagrado había visto décadas de oraciones y batallas invisibles.

—Aquí estás protegido —le dijo mientras lo acomodaba en una pequeña habitación junto al presbiterio—. Ningún demonio puede cruzar el umbral sin permiso divino mientras estés en tierra sagrada.

Carlos dormía mucho, comía poco y hablaba menos. Cuando despertaba, sus ojos volvían a ser humanos, marrones y asustados.

—Siento que algo me observa desde lejos —confesaba al padre Ramón—. Como si estuvieran afuera esperándome.

El sacerdote pasaba horas con él, rezaban salmos de protección, imponía sus manos para administrar la comunión. Con lentitud, el color regresó a su rostro. La parroquia se convirtió en su refugio: el olor a incienso, el eco de las campanas, las velas siempre encendidas en el altar mayor. Por primera vez en meses, Carlos durmió una noche completa sin pesadillas.

Pero no todos tuvieron esa suerte.

Los padres de Carlos seguían en el hospital. Los médicos hablaban de «estado vegetativo persistente de origen desconocido».

Electroencefalogramas planos, respuestas pupilares mínimas, alimentación por sonda. Los especialistas —neurólogos, psiquiatras, infectólogos— se encogían de hombros.

«No hay lesión cerebral visible. No hay toxinas. Es como si... hubieran perdido la voluntad de vivir».

Nosotros sabíamos la verdad: fragmentos de La Legión de demonios se habían quedado en ellos como anclas, manteniéndolos suspendidos entre la vida y algo peor.

Una tarde, el grupo se reunió en la sacristía de la parroquia. Ana, Miguel, Pedro, el padre Ramón y yo. Carlos escuchaba desde la puerta, aún débil pero decidido.

—No podemos dejarlos así —dijo Ana, con la voz firme por primera vez en semanas—. Son inocentes. Solo estaban en la casa equivocada.

Pedro asintió.

—La Iglesia permite exorcismos en casos de opresión demoníaca, aunque no sea posesión plena. Si los traemos aquí, en suelo sagrado, los demonios se debilitarán —comentó el padre Ramón—. Aunque, es arriesgado sacarlos del hospital, se requerirá de fuerza o engaño. Pero si no lo hacemos, sus almas se perderán para siempre.

Planeamos con cuidado. Los padres de Carlos no tenían familiares cercanos en la ciudad; éramos nosotros su única esperanza. Una noche, con ayuda de una enfermera católica que el padre Ramón conocía, falsificamos documentos de alta voluntaria. Los trasladamos en ambulancia privada hasta la parroquia, directo al sótano convertido en capilla improvisada: altar portátil, cruces, agua bendita, velas benditas, el Santísimo expuesto en custodia.

Los acostamos en camillas. Sus ojos seguían abiertos, vacíos. La madre de Carlos tenía la palabra LEGIÓN aún marcada en la frente, aunque desvaída. El padre respiraba con dificultad, como si algo dentro le apretara los pulmones.

El padre Ramón comenzó el ritual al amanecer, cuando la iglesia estaba más cargada de gracia. Nosotros nos arrodillamos alrededor, rezábamos por respuestas. Primero la madre.

—*Spiritus immunde, quisquis es, in nomine Jesu Christi, exi ab hac creatura Dei...*

Al principio nada. Luego, su cuerpo se arqueó de manera violenta. Las correas de las camillas chirriaron. Una voz gutural, masculina, salió de su garganta delicada:

—No saldré... esta carne es mía... la casa me pertenece...

El padre Ramón continuó, rociándole agua bendita. El líquido chisporroteó al tocar su piel. La mujer —o lo que la habitaba— gritó con furia.

—Aquí estás débil —dijo el sacerdote con calma—. Este es suelo sagrado. No tienes poder.

La entidad maldijo en latín antiguo, en náhuatl, en lenguas que nadie conocía. Intentó levitar el cuerpo, pero solo logró unos centímetros antes de caer. Horas pasaron. Rezamos rosarios enteros, salmos, letanías. El padre impuso reliquias: un fragmento de la Vera Cruz, una medalla de San Benito.

Al mediodía, la entidad cedió un poco. La madre de Carlos parpadeó. Lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Ayúdenme... —susurró con su propia voz, débil.

Redoblamos las oraciones. Al final, tras seis horas de batalla, un humo negro salió de su boca, retorciéndose como serpiente. Gritó una última vez antes de disolverse en el aire. La mujer colapsó y, al mismo tiempo, respiró de manera profunda tras muchos días.

Repetimos el ritual con el padre. Fue peor. El demonio que lo habitaba era más fuerte, más antiguo. Habló con voz de Jacinto, el sirviente:

—Ruiz me prometió venganza... no me iré...

Intentó atacar al padre Ramón, hacía que la camilla se moviera sola. Pero el suelo sagrado lo limitaba. No podía salir del cuerpo para manifestarse de manera plena. Horas más de rezos, de imposición de manos, de Eucaristía. Al atardecer, exhaustos, vimos cómo el humo negro salía también de él, más denso, más renuente. El hombre abrió los ojos, confundido, y lloró al ver a Carlos.

La familia se reunió en lágrimas. Abrazos largos, silenciosos. La madre acariciaba el rostro de Carlos como si no creyera que era real. El padre, siempre reservado, lo abrazó fuerte, mientras susurraba «perdóname, hijo».

Decidieron no volver a la casona.

—Nos vamos con mis primos a Guadalajara —dijo el padre—. Vendemos todo, empezaremos de nuevo.

Pero el padre Ramón los detuvo.

—No se vayan todavía. Mientras estén aquí, en suelo sagrado, están protegidos. Afuera... La Legión de demonios aún acecha. Y hay algo más importante.

Nos miró a todos.

—La casa sigue contaminada. El portal no se cerró del todo. Las almas atrapadas —Ruiz, Jacinto, la esposa, los niños, los jóvenes de décadas pasadas— aún sufren. La Legión las usa como ejército. Si no volvemos y terminamos lo que empezamos, esto no acabará nunca. Regresará más fuerte, buscará nuevos huéspedes.

Carlos, aún pálido, habló primero.

—Yo voy. Es mi casa. Mi culpa también.

Ana asintió.

—Todos vamos. Juntos empezamos esto, juntos lo terminaremos.

Miguel y Pedro aceptaron. Yo no tenía opción: sentía que La Legión me reclamaba más que a nadie.

La familia de Carlos decidió quedarse en la parroquia. El padre Ramón los acomodó en habitaciones seguras, con voluntarios de la iglesia cuidándolos.

—Aquí están a salvo. Recen por nosotros.

La noche antes de partir, no dormimos. Rezamos vigilia en la capilla. El Santísimo expuesto, velas alrededor. El padre Ramón nos dio comunión, nos ungió con óleo de los enfermos

—Por si no regresamos —dijo.

Nos entregó reliquias, agua bendita extra, cruces bendecidas por el obispo.

Al amanecer, salimos hacia la casona.

El viaje fue silencioso. La ciudad parecía normal: tráfico, vendedores ambulantes, niños camino a la escuela. Pero nosotros sabíamos que debajo latía algo oscuro.

Llegamos al mediodía. La casa parecía esperar. La puerta principal abierta de par en par. El jardín más salvaje que nunca. Un olor a podredumbre dulce salía del interior.

Entramos en formación: padre Ramón primero, crucifijo y *Rituale* en mano. Nosotros detrás, cruces alzadas.

El vestíbulo estaba peor. Las palabras en las paredes ahora sangraban de manera lenta. Pasos se oían arriba, aunque la casa estaba vacía. Bajamos al sótano.

Allí estaba el horror completo.

## LA OUIJA

La Ouija reconstruida ocupaba el centro, más grande, hecha de fragmentos y nuevos materiales: huesos, piel seca, cabello. Alrededor, un círculo de velas negras encendidas. En las paredes, las sombras de todas las almas atrapadas se movían, susurraban «únanse a nosotros». Ruiz en una esquina, lengua fuera. Jacinto con su herida abierta. La esposa y los niños flotaban. Jóvenes de diferentes épocas, rostros desfigurados por el sufrimiento eterno.

Y en el centro... La Legión en persona.

Una masa negra, amorfa, con ojos rojos y boca con dientes afilados flotaba sobre la tabla. Cuando nos vio, habló con mil voces:

—Volvieron... qué divertido... esta vez no escaparán...

El padre Ramón abrió el *Rituale*.

—Este es el final. En nombre de Jesucristo, cerraremos el portal y liberaremos a los cautivos.

La batalla comenzó.

La Legión atacó con todo. Las sombras se abalanzaron. Ruiz intentó poseer a Ana de nuevo. Los niños rodearon a Pedro. Jacinto fue por Miguel. Yo enfrenté la masa central.

Rezamos, rociamos agua bendita, imponemos cruces. El humo negro llenó el sótano. Voces gritaban blasfemias. Objetos volaron. Pero esta vez estábamos preparados. El padre Ramón invocó a la Virgen de Guadalupe, patrona de México. La masa retrocedió.

Horas de lucha. Sudor, lágrimas, sangre de arañazos. Ana rezó el rosario entero tres veces. Miguel sostuvo una cruz, aunque le quemaba las manos. Pedro cantó alabanzas, aunque las sombras lo ahogaban.

Al final, el padre Ramón impuso la custodia con el Santísimo sobre la Ouija.

## LA OUIJA

—¡Por el poder de Cristo presente en la Eucaristía, te ordeno cerrar este portal y liberar a las almas!

La masa aulló. La casa tembló. Las sombras gritaron... pero esta vez de alivio.

Una luz blanca brotó del Santísimo. Las almas atrapadas se separaron de La Legión. Ruiz lloró por primera vez, arrodillándose. La esposa y los niños se abrazaron. Los jóvenes sonrieron. Uno por uno, se disolvieron en luz y ascendieron.

La Legión quedó sola, debilitada.

—¡No! —gritó—. ¡Esta casa es mía!

Pero la luz lo envolvió. La Ouija se incendió sola, consumiéndose en fuego blanco. El portal —una grieta invisible en el aire— se cerró con un trueno.

La Legión aulló una última vez antes de ser succionado al vacío.

Silencio.

El sótano quedó en ruinas, pero limpio. El aire fresco. Las paredes sin marcas.

Salimos tambaleándonos a la luz del atardecer. La casa parecía... normal. Vacía, pero no maligna.

El padre Ramón sonrió por primera vez en meses.

—El portal está cerrado. Las almas liberadas. La Legión expulsada.

Regresamos a la parroquia. La familia de Carlos nos esperaba ansiosa. Abrazos, lágrimas, risas incrédulas.

Días después, vendieron la casona. Una nueva familia la compró, sin saber su historia. Pero nosotros sí. Y rezamos por ellos.

## *LA OUIJA*

Carlos se recuperó del todo. La familia se quedó en la ciudad, cerca de la parroquia. Nosotros volvimos a la vida: escuela, amigos, futuro.

## CAPÍTULO 11 **EL PADRE RAMÓN ES POSEÍDO**

**T** tiempo después, lo que creíamos nuestra victoria fue una ilusión frágil, como un vidrio agrietado a punto de estallar. La familia de Carlos se recuperó en la parroquia, sus padres ganaban fuerza poco a poco bajo el cuidado del padre Ramón. Nosotros volvimos a la rutina: escuela, tareas, intentos de normalidad. Ana sonreía más, Miguel bromeaba sobre empezar un club de «cazadores de demonios», Pedro rezaba con más fervor. Carlos, aún débil, pasaba horas en la capilla, agradecía en silencio. Yo... yo trataba de ignorar los susurros que oía en el viento, los arañazos que aparecían en mis sueños. Pensaba que era estrés residual, eco de lo vivido.

Pero la verdad era peor. Mucho peor.

Todo empezó un día, durante la misa dominical en San Rafael. La parroquia estaba llena: familias con niños inquietos, ancianos que murmuraban rosarios, el olor a incienso mezclándose con el de las flores frescas en el altar. El padre Ramón subía al púlpito como siempre, su voz grave y serena que resonaba en las bóvedas góticas.

—Hermanos, en estos tiempos de prueba, recordemos que la luz de Cristo vence a las tinieblas...

Entonces pasó. Un parpadeo en las luces. No un corte de energía; era como si algo absorbiera la electricidad por un segundo y dejara la iglesia en una penumbra rojiza. La congregación murmuró, atribuyéndolo a un fallo eléctrico. Pero yo, sentado en la banca delantera con el grupo, vi algo más. El rostro del padre Ramón se torció por un instante: una mueca de dolor, o

quizás de rabia contenida. Sus ojos brillaron con un rojo fugaz, como brasas bajo ceniza. Luego, todo normal. Siguió la homilía como si nada.

Pensé que era mi imaginación. Pero Ana me miró, pálida.

—Lo viste, ¿verdad? —susurró. Miguel asintió. Pedro se persignó.

Después de la misa, confrontamos al padre en la sacristía.

—Padre, ¿se siente bien? Las luces... y su cara...

Él sonrió, pero era una sonrisa forzada, tensa.

—Solo un mareo, hijos. La edad no perdona. Vayan en paz.

No le creímos, pero no insistimos. Esa noche, en casa, recibí un mensaje de Pedro: «Investigué. En la hemeroteca hay reportes de “anomalías” en iglesias después de rituales fallidos, como si el mal se infiltrara en lo sagrado».

Los días siguientes fueron un descenso lento al infierno. Durante las misas, el comportamiento del padre se volvió errático. En una, durante la consagración, sus manos temblaron al elevar la hostia. Un viento helado recorrió los bancos y apagó velas. La congregación tosió al tiempo que sintieron un olor a azufre sutil, disfrazado de incienso quemado. Ramón tartamudeó las palabras sagradas, su voz cambió de tono por un segundo: grave, múltiple.

—Este es mi cuerpo... que será entregado... por ustedes...

Otro día, en la confesión, Ana fue a hablar con él. Salió temblorosa.

—Me miró fijo y dijo algo en latín que no entendí. Sus ojos... eran negros por un momento.

Miguel notó que el padre evitaba el agua bendita. Al bendecir a un niño, su mano humeó un poco al tocar el líquido.

Pedro vio cruces volteadas en la sacristía, que el padre Ramón enderezaba rápido cuando alguien entraba.

El grupo se reunió en el parque esa tarde.

—Está siendo asediado —dijo Pedro—. La Legión no se fue. Cuando cerramos el portal en la casona, no lo destruimos; lo desplazamos. Y ahora, enfurecido por la derrota, busca revancha. El padre Ramón es el objetivo perfecto: el que nos guio, el que lo debilitó.

Ana lloró.

—Y en suelo sagrado... ¿cómo es posible?

Miguel respondió:

—Porque el mal es astuto. Se infiltra despacio, como veneno. Ramón lo oculta para no alarmarnos, pero si no actuamos, lo perderemos.

Decidimos confrontarlo esa noche, después de la última misa. La parroquia estaba vacía, el eco de nuestros pasos resonaba en los pasillos de piedra. Lo encontramos en la capilla lateral, arrodillado ante el Sagrario, rezaba con fervor. Su espalda encorvada, sudaba a pesar del frío.

—Padre —dije con voz temblorosa—. Tenemos que hablar.

Se levantó con lentitud. Su rostro estaba demacrado, ojeras profundas, venas oscuras visibles en el cuello.

—Hijos... no debieron venir.

Ana dio un paso al frente.

—Lo sabemos. La Legión ha iniciado el ataque. En las misas, sus ojos... su voz... ¿Por qué no nos lo dijo?

Ramón suspiró, sentándose en un banco. Lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Porque es mi cruz. Desde aquella noche en el sótano, sentí algo. Un susurro. Pensé que era tentación. Pero creció. Legión no fue expulsado; se trasladó. Usó el ritual para anclarse en mí, debilitado pero astuto. En suelo sagrado, no puede poseerme por completo... aún. Pero me tienta, me tortura. Me muestra visiones: la parroquia en llamas, ustedes poseídos, la ciudad que cae en tinieblas.

Miguel palideció.

—Padre, ¿está... poseído?

Ramón negó con la cabeza, pero su voz tembló.

—No del todo. Es opresión. Pero se fortalece. Siento múltiples voces dentro. Lucho con todas mis fuerzas, pero... no puedo solo.

Pedro sacó su crucifijo.

—Llamemos al obispo. Otro exorcismo.

Pero el padre Ramón negó.

—El obispo está lejos. Tardaría días. Y La Legión lo sabe. Si salgo de aquí, me tomará por completo. Ustedes... ustedes deben ayudarme.

Nos miramos aterrorizados. «¿Nosotros? Somos adolescentes. No sabemos... »

—Han visto los rituales. Han rezado conmigo. Tienen fe. Dios actúa a través de los débiles. Por favor... antes de que sea tarde.

Aceptamos. No había opción. Cerramos la capilla. Colocamos cruces en las puertas, rociamos agua bendita en círculo. El padre Ramón se ató a una silla con correas de cuero, como habíamos visto en los exorcismos previos.

Comenzamos con lo que recordábamos. Pedro tomó el *Rituale* que el padre Ramón nos dio. Su voz tembló al leer:

—*Exorcizo te, omnis spiritus immunde...*

Al principio, nada. El padre Ramón sudaba al rezar con nosotros. Pero luego... el cambio.

Las luces parpadearon. Un frío intenso llenó la capilla. Las velas se apagaron una por una. El padre Ramón arqueó la espalda y comenzó a gruñir. Sus ojos se volvieron negros.

—No... saldré... —dijo una voz múltiple desde su garganta.

Ana roció agua bendita. Chisporroteó en su piel. El padre aulló.

El demonio habló:

—Sacerdote débil... esta iglesia es mía ahora... el portal se abre aquí... te unirás a nosotros...

Miguel impuso una cruz en su pecho. Humo negro salió. Ramón convulsionó.

Horas pasaron. Rezamos Padre Nuestros, Ave Marías, salmos. El demonio maldecía, revelaba secretos:

—Tu madre duda de su fe... tu padre roba... Ana desea lo prohibido... únanse a nosotros...

Pedro continuó el ritual:

—¡En nombre de Jesucristo, abandona este cuerpo!

La Legión resistió. La capilla tembló. Estatuas de santos sangraron por los ojos. Voces susurraron desde las paredes: Ruiz lamía, niños reían, esposa gritaba.

Ana cayó de rodillas, exhausta. Miguel sangraba de arañazos invisibles. Yo sentía el peso en mi pecho, como si La Legión me tentara también.

Pero Ramón luchaba desde dentro.

—¡Sigán! Dios... es más fuerte...

Tras ocho horas, el demonio debilitado gritó:

—¡No! ¡Esta tierra me quema!

Un humo negro masivo salió de Ramón, retorciéndose. Aulló antes de disolverse.

Ramón colapsó, libre.

La capilla volvió a la normalidad. Lágrimas de alivio.

Pero en el altar, una grieta apareció en el piso. Roja, palpitante.

El portal no se cerró. Solo se movió.

Y Legión susurró una última vez:

—Revancha... eterna...

El horror continuaba.

## CAPÍTULO 12 **SE ACERCA EL FINAL**

Después de la noche en que exorcizamos al padre Ramón en la sacristía, creímos —por un instante ingenuo— que habíamos ganado tiempo. La grieta roja en el piso de la capilla lateral parecía solo una marca, una cicatriz que el suelo sagrado había sufrido pero que resistiría. El padre Ramón se recuperó con rapidez: al día siguiente ofició la misa con voz firme, bendijo a los niños y nos miró con gratitud silenciosa.

—Dios ha sido misericordioso —dijo—. El mal retrocedió.

Nosotros, exhaustos, regresamos a casa con el pensamiento de que tal vez, por fin, podríamos dormir sin miedo.

Nos equivocamos por completo.

El primer signo fue sutil, casi inocente. Una mañana de domingo, durante la misa de las diez, una mujer mayor —doña Rosa, que llevaba cuarenta años de asistir a San Rafael— se desmayó justo cuando el padre Ramón elevaba la hostia. Cayó de rodillas con un grito ahogado, los ojos en blanco, la boca con espuma. La llevaron al jardín; despertó minutos después, pálida y temblorosa, murmuraba:

—Vi ojos rojos detrás del altar... muchos ojos... me miraban a mí.

Los feligreses lo atribuyeron a la edad. Pero al domingo siguiente fueron tres: un hombre joven que vomitó bilis negra durante la comunión, una niña que empezó a hablar en latín macarrónico («*exi... exi de templo isto*»), y un señor que arañó su propia cara hasta sangrar, gritaba que «algo le quemaba por dentro».

La noticia corrió como pólvora en la colonia, conversaciones en la panadería: «En la iglesia de San Rafael pasan cosas raras». «No vayas a misa, te puede dar algo». «Mi prima vio una sombra negra detrás del padre». La asistencia cayó de golpe. De quinientas personas los domingos, pasamos a menos de cien. Los bancos quedaban semivacíos, ecos resonaban donde antes había voces que cantaban.

El padre Ramón intentó calmar los ánimos. En una homilía casi vacía habló de «pruebas de fe», de «ataques del maligno cuando la Iglesia está fuerte». Pero su voz temblaba, y todos notamos que evitaba mirar la grieta en el piso de la capilla lateral, ahora cubierta con una alfombra gruesa que nadie se atrevía a mover.

Nosotros sabíamos la verdad. La grieta no era una cicatriz: era una herida abierta. El portal se había trasladado de la casona a la iglesia. La Legión de demonios estaba herida, quería venganza; por eso había decidido convertir el lugar más sagrado en su nuevo campo de batalla. El suelo consagrado la debilitaba, sí, pero también representaba un reto. Y cuando la fe de los feligreses flaqueaba, su poder crecía.

El asedio se volvió sistemático.

Primero fueron fenómenos pequeños: velas que se apagaban solas durante la adoración nocturna, crucifijos que se balanceaban sin viento, susurros que parecían venir del confesionario vacío. Luego, ataques directos.

Una tarde de martes, durante la misa diaria con apenas veinte personas, una joven madre entró con su bebé de meses. Cuando el padre Ramón roció agua bendita al final, el niño empezó a gritar con una voz que no era de bebé: grave, gutural, múltiple.

—¡No me toques, sacerdote! ¡Esta carne es joven... deliciosa!

La madre lo abrazó horrorizada mientras el bebé levitaba unos centímetros en sus brazos, los ojos negros como pozos. El padre Ramón, pálido, tomó la custodia con el Santísimo y la impuso sobre la frente del niño. El grito fue tan fuerte que rompió un vitral. El bebé cayó inconsciente; despertó minutos después y lloró con normalidad, pero la madre nunca volvió.

Al día siguiente, durante la misa de niños, una docena de pequeños empezaron a cantar al unísono una melodía que nadie conocía: una tonada antigua, en latín distorsionado, con letras que hablaban de «fuego eterno» y «almas jóvenes». Los padres los sacaron a toda prisa. Esa noche, tres familias llamaron al padre Ramón y lloraron: sus hijos se habían despertado arañándose la cara, dibujaban cruces invertidas en sus brazos con las uñas.

La parroquia se vació. Los domingos apenas llegaban treinta fieles valientes o incrédulos. Los demás rezaban en casa, encendían velas frente a la televisión, evitaban pasar cerca de San Rafael después del atardecer. Rumores crecían: «La iglesia está maldita». «El padre Ramón trajo algo malo». «Mejor ir a otra parroquia».

Nosotros no podíamos abandonar. Nos reuníamos cada noche en la sacristía con el padre Ramón, Carlos y sus padres (que se habían quedado como guardianes). Vigilábamos, rezábamos, intentábamos entender.

Una madrugada, alrededor de las tres, el asedio alcanzó su punto más terrorífico hasta entonces.

Estábamos en la capilla lateral, rezábamos el rosario en círculo alrededor de la grieta cubierta. El padre Ramón dirigía, su voz firme pero agotada. De pronto, el suelo tembló. No como un sismo: un latido profundo, como si algo enorme golpeará desde abajo. La alfombra se levantó sola y reveló la grieta ahora más ancha, roja, palpitante como una vena expuesta. De ella salió humo negro que se condensó en formas: Ruiz, Jacinto, la esposa, los niños... y nuevas sombras: espíritus nuevos que habían sido

atrapados, con rostros desfigurados, ojos negros y bocas abiertas en gritos mudos.

Las formas flotaron por la capilla, tocaban las paredes. Donde lo hacían, las imágenes de santos sangraban. El Sagrario tembló. El padre Ramón alzó la custodia con el Santísimo, gritaba:

—¡Retrocede, Satanás!

Las sombras retrocedieron y siseaban, pero no desaparecieron. Se filtraron por las grietas, hacia el resto de la iglesia.

Entonces oímos los gritos.

En el templo principal, las pocas personas que pasaban la noche en adoración (cinco ancianas y un matrimonio joven) comenzaron a gritar al unísono. Corrimos. Los encontramos retorciéndose en los bancos: ojos en blanco, bocas con espuma, hablaban en lenguas antiguas. Uno de ellos —un hombre mayor— levitó sobre el banco, el cuerpo rígido, gritaba con voz múltiple:

—¡Este templo es nuestro!

El padre Ramón intentó un exorcismo colectivo, pero eran demasiados. Las sombras los rodeaban y susurraban.

—únanse a nosotros.

Ana, Miguel y yo rociamos agua bendita; Pedro rezó salmos; Carlos sostuvo una cruz, aunque le quemaba las manos. Logramos calmarlos, pero dos quedaron inconscientes y uno —la mujer joven— despertó y hablaba con voz de niño:

—Mamá... tengo miedo... pero ya no duele... únanse a nosotros...

Al amanecer, la iglesia estaba vacía de fieles. Las puertas cerradas con candado por orden del padre Ramón. Un letrero improvisado: «Misas suspendidas por mantenimiento».

Pero el asedio no se detuvo.

Esa misma semana, los ataques se extendieron fuera de la iglesia. Un feligrés que había estado en misa días antes se ahorcó en su casa y dejó una nota:

—Las voces no paran.

Una niña que cantó la melodía demoníaca fue internada por «episodio psicótico». Un hombre que recibió comunión empezó a ver sombras en su trabajo, arañándose hasta sangrar.

La parroquia se convirtió en fortaleza sitiada. Nosotros dormíamos allí, turnándonos para vigilar. El padre Ramón apenas comía, rezaba día y noche frente al Sagrario. Su rostro se hundía, ojeras negras como carbón.

—Legión aprovecha el miedo —nos dijo una noche—. Cuando los fieles dejan de venir, la gracia se debilita. El suelo sagrado resiste, pero no de manera indefinida.

Una madrugada, el ataque final dentro de la iglesia ocurrió.

Estábamos los siete —el grupo, Carlos y el padre Ramón— en oración ante la grieta, ahora abierta como una herida de medio metro, roja y palpitante. El humo negro salió en oleadas para formar una masa amorfa con ojos rojos y bocas múltiples. La Legión habló con voz que hacía temblar las columnas:

—Han perdido. Esta iglesia es mía. La ciudad será mía.

Su fe es débil... únanse a nosotros...

Las sombras de todos los espíritus atrapados aparecieron: docenas de ellos poseídos de forma parcial, flotaban como marionetas. Sus rostros conocidos —antiguos feligreses fallecidos— nos miraban con odio sobrenatural.

El padre Ramón alzó la custodia. La luz del Santísimo brilló, pero más débil que antes. La Legión rio.

## *LA OUIJA*

—Tu Dios duerme... los hombres ya no creen...

Intentamos rezar, pero las voces nos ahogaban. Ana cayó de rodillas, sangraba por la nariz. Miguel se convulsionó. Pedro gritó un salmo, pero su voz se quebró.

Yo miré la grieta. Y entendí.

El portal no se cerraría con oraciones solas. Necesitábamos algo más. Un sacrificio.

El padre Ramón lo entendió al mismo tiempo. Me miró, asintió con lentitud.

Entonces supimos lo que había que hacer.

## CAPÍTULO 13 **EL SACRIFICIO**

La iglesia de San Rafael se había convertido en una tumba viva. Las misas estaban suspendidas desde hacía dos semanas; las puertas permanecían cerradas con candado y cadenas gruesas que el padre Ramón había colocado él mismo, como si pudiera contener lo incontenible. Un letrero descolorido, escrito a mano con marcador negro, colgaba torcido en la entrada principal: «Obras de mantenimiento. Disculpen las molestias». Afuera, la colonia murmuraba historias que nadie quería verificar: sombras alargadas en las ventanas altas a medianoche, gritos ahogados que parecían venir del campanario, luces rojas parpadeantes detrás de los vitrales. Los vecinos cruzaban la calle para evitar pasar frente a la fachada. Los niños ya no jugaban en la plaza contigua. Hasta los perros callejeros aullaban al acercarse y luego huían con el rabo entre las patas.

Dentro, nosotros —Ana, Miguel, Pedro, Carlos, sus padres y yo— vivíamos como prisioneros en un fuerte sitiado. Dormíamos en colchones improvisados sobre el frío piso de la sacristía, envueltos en cobijas que olían a incienso viejo y miedo. Comíamos lo poco que las monjas de la parroquia vecina nos traían a escondidas por la puerta trasera: tortillas frías, frijoles, agua bendita disfrazada en botellas de plástico. El baño era un cubículo sin luz donde el agua salía helada y a veces teñida de un leve rojo que nadie se atrevía a mencionar. Rezábamos sin cesar: rosarios completos, salmos de protección, letanías a la Virgen de Guadalupe. Pero las palabras se sentían cada vez más huecas, como si rebotaran contra las paredes y regresaran distorsionadas.

El padre Ramón apenas descansaba. Su rostro era una máscara de agotamiento: ojeras profundas como pozos, piel grisácea que parecía papel arrugado, manos temblorosas que no dejaban de apretar el rosario hasta que los nudillos se le ponían

blancos. Caminaba por los pasillos oscuros como un fantasma, al tiempo que murmuraba oraciones en latín que ya nadie entendía del todo. A veces lo encontrábamos de pie frente al Sagrario, horas enteras, sin moverse, como si escuchara una conversación que solo él podía oír.

La grieta en el piso de la capilla lateral había crecido sin control. Ya no era una herida pequeña que se podía cubrir con una alfombra; era una rajadura de casi dos metros de largo, roja y palpitante como una arteria expuesta bajo la piel de la iglesia. De ella salía un calor sofocante que contrastaba con el frío sobrenatural del resto del edificio, mezclado con un olor a azufre, carne podrida y tierra removida de cementerio. Por las noches, humo negro se elevaba de ella en espirales lentas y densas, condensándose en rostros conocidos que flotaban a medio metro del suelo: doña Rosa con los ojos vacíos y la boca abierta en un grito silencioso, la joven madre con el bebé espectral en brazos, el hombre que se había ahorcado ahora con la soga aún alrededor del cuello. Todos los feligreses tocados por Legión, ahora sombras atrapadas, nos rodeaban para susurrar en un coro incesante que no nos dejaba dormir:

—Únanse a nosotros... no duele... únanse a nosotros...

El padre Ramón pasaba horas arrodillado frente al Sagrario, el Santísimo expuesto día y noche en la custodia dorada. Rezaba en voz alta, pero cada vez más débil, como si las palabras le pesaran en la lengua. Una madrugada, alrededor de las cuatro, lo encontramos de pie frente a la grieta, hablaba solo. Su sotana ondeaba, aunque no había viento.

—¿Qué quieres de mí? —murmuraba con voz ronca—. ¿Cuántas almas más necesitas antes de saciarte?

Nosotros lo vigilábamos con miedo creciente. Sabíamos que La Legión lo tentaba de forma constante, ofreciéndole visiones de paz falsa a cambio de rendición: imágenes de la iglesia llena de

nuevo, de fieles que cantaban, de nosotros con vidas normales. Pero Ramón resistía, aunque cada día le costaba más.

Hasta que una noche, después de un ataque en particular brutal, todo cambió.

Intentábamos una vigilia completa: rosario tras rosario, el padre Ramón dirigía con el *Rituale* en la mano. Pero alrededor de las tres de la mañana, las sombras de los feligreses poseídos se volvieron más agresivas. Intentaron arrastrar a Carlos hacia la grieta, sus manos etéreas pero fuertes rodeaban sus tobillos. Él gritó, pateaba el aire vacío mientras su cuerpo se deslizaba por el piso. Miguel y yo lo sujetamos, Ana roció agua bendita que chisporroteó como aceite que hervía, Pedro rezó el salmo 91 a gritos. Logramos liberarlo, pero quedó con marcas de quemadura helada en las piernas, y una de las sombras —la joven madre— se quedó suspendida frente a él, susurraba con voz de bebé:

—Ven a jugar... para siempre...

Al amanecer, exhaustos y temblorosos, el padre Ramón nos reunió en la sacristía. La habitación estaba iluminada solo por velas parpadeantes; la electricidad fallaba de forma constante desde hacía días. Sus ojos brillaban con una resolución que nos heló la sangre más que cualquier grito demoníaco.

—Hijos míos —dijo con voz calmada, casi serena—. He comprendido algo en estas largas noches de oración. He hablado con Dios... y he escuchado. La Legión no se irá mientras haya resistencia activa. Se alimenta de nuestra lucha, de nuestra fe. Cuanto más rezamos, más se enfurece, pero también más se ancla aquí. Necesita un sacrificio definitivo para cumplir su revancha... y poder irse satisfecho.

Ana fue la primera en entender. Se levantó de golpe, pálida como un cadáver.

—Padre... no. ¡No lo diga!

Él levantó la mano con suavidad, para pedir silencio.

—Escúchenme hasta el final. He visto la verdad. Mi alma de sacerdote ordenado, ungido por la Iglesia, que ha expulsado fragmentos de Legión muchas veces... es valiosa para él. Una victoria total, un trofeo. A cambio, le pediré que abandone esta iglesia para siempre. Que deje en paz a los feligreses vivos que aún sufren afuera. Que libere a Esteban Ruiz, a Jacinto, a la esposa y los niños, y a todas las almas de antiguos fieles que tiene cautivas desde hace más de un siglo. Y, sobre todo, que nunca más toque a ninguno de ustedes.

Miguel se levantó de golpe, mientras derribaba una silla.

—¡No! ¡Eso es pacto con el demonio! ¡La Iglesia lo prohíbe terminantemente!

Pedro, siempre el más teólogo del grupo, citó tembloroso, con lágrimas en los ojos:

—No tentarás al Señor tu Dios... ni harás alianza con las tinieblas. ¡Es suicidio espiritual, padre!

Carlos, aún débil y con las marcas frescas en las piernas, lloró inconsolable.

—Padre, usted me salvó a mí... a mi familia... No puede hacer esto.

Los padres de Carlos, sentados en un rincón, lo abrazaron en silencio, la madre sollozaba contra el hombro del padre.

Yo solo pude decir, con un nudo en la garganta que apenas me dejaba hablar:

—Padre, usted se convirtió en nuestra familia. No podemos perderlo. Hay otra forma. Podemos pedir ayuda al obispo, a otros exorcistas, al Vaticano si es necesario...

Ramón negó con la cabeza, al tiempo que sonreía con una tristeza infinita.

—El obispo está lejos, en retiro espiritual. Tardaría semanas, meses. Y La Legión lo sabe; por eso intensifica el asedio cada día. Cada hora que pasa, más almas se pierden afuera. He visto las visiones: feligreses suicidándose, niños poseídos, familias destrozadas. Mi sacrificio... detendrá eso. Es mi vocación. Un sacerdote da la vida por sus ovejas. Cristo lo hizo por toda la humanidad. Yo lo haré por esta parroquia... y por ustedes.

Nos opusimos con desesperación durante horas. Ana lo abrazó entre sollozos, rogándole que reconsiderara. Miguel gritó que era locura, que La Legión mentiría. Pedro intentó citar cánones, concilios, teólogos que prohibían cualquier trato con entidades malignas. Carlos suplicó recordándole cómo lo había salvado cuando todos lo dábamos por perdido. Yo... yo solo lloré en silencio, sintiendo que el mundo se derrumbaba otra vez.

Pero su decisión era inamovible, forjada en noches de oración y sufrimiento.

Esa misma noche, cuando la luna llena iluminaba los vitrales con una luz fría y plateada, el padre Ramón nos llevó a la capilla principal. El lugar estaba irreconocible: bancos volcados, velas derretidas que formaban charcos de cera negra, cruces caídas. La grieta ocupaba ahora casi todo el piso frente al altar mayor, roja y palpitante, exhalaba humo que olía a muerte.

Nos colocamos detrás de él, cruces en mano, rezábamos en silencio mientras lágrimas rodaban por nuestras mejillas. El padre Ramón se arrodilló frente al altar, el Santísimo aún expuesto en la custodia como último bastión de luz.

Luego habló con voz clara, firme, dirigida a la grieta:

—Legión, espíritu inmundo, príncipe de las tinieblas, te hablo a ti y a todos los que te sirven. Sé que me escuchas, que

me esperas. Te ofrezco un trato irrevocable. Mi alma, la de un sacerdote ordenado en la sucesión apostólica, ungido con el óleo sagrado, que ha celebrado la Eucaristía y expulsado tus fragmentos muchas veces. Te la entrego de forma libre. A cambio, cumplirás estas condiciones: abandonarás esta iglesia para siempre, cerrarás el portal que has abierto aquí, dejarás en paz a todos los feligreses vivos que has tocado, liberarás a Esteban Ruiz, a Jacinto, a la esposa y los hijos de Ruiz, además de todas las almas cautivas que has retenido desde 1895 hasta hoy. Y nunca, jamás, tocarás otra vez a estos jóvenes que están aquí conmigo. ¿Aceptas el trato?

El silencio fue absoluto por un momento eterno. El aire se volvió denso, irrespirable. La grieta palpitó con fuerza, como un corazón acelerado. Un viento helado recorrió la iglesia, mientras se apagaban las pocas velas que quedaban. Las sombras de los feligreses atrapados se agitaron con furia.

Y entonces, una voz múltiple, profunda como un abismo sin fondo, respondió desde la grieta, lo que hizo temblar las columnas y los vitrales:

—Acepto... Sacerdote... Tu alma... Es dulce... Un trofeo digno... Ven a mí...

Ramón asintió sereno.

—Primero cumple tu palabra. Libéralos. Demuéstrame que el trato es válido.

La grieta se iluminó con una luz blanca cegadora, opuesta al rojo infernal. De ella comenzaron a elevarse figuras luminosas: primero los niños, sonrientes por primera vez, luego la esposa abrazándolos, después Jacinto con expresión de paz, Ruiz arrodillado lloraba. Uno a uno, los feligreses poseídos —doña Rosa, la joven madre, el hombre del banco— ascendieron en rayos de luz, sus rostros recuperaban su humanidad antes de

desaparecer hacia lo alto. Un canto celestial, apenas audible, llenó la iglesia por unos segundos.

El humo negro retrocedió. La grieta se estrechó un poco.

—Ahora es tu turno, sacerdote... —susurró La Legión de demonios, con ansia apenas contenida.

Nosotros gritamos «¡No!», intentamos correr hacia él, sujetarlo, pero una fuerza invisible nos mantuvo atrás, como paredes de vidrio. Ramón se levantó, sereno, y caminó hacia la grieta. Se arrodilló de nuevo, frente a ella, cerrando los ojos en oración final.

De la rajadura surgió una mano negra, huesuda, con uñas largas como garras curvas, venas pulsantes de oscuridad. Se extendió con lentitud hacia la frente del padre Ramón, lista para imponerse, para sellar el pacto y arrastrarlo al abismo.

En ese instante, con un movimiento rápido y decidido que nadie esperaba, el padre Ramón sacó de debajo de su sotana una pistola pequeña, un viejo revolver que había pertenecido a su padre, guardada durante décadas. Se la llevó a la sien sin vacilar.

—Perdóname, Padre Celestial, por lo que voy a hacer... Pero no le daré el gusto a este maldito demonio —susurró.

Y disparó.

El estruendo retumbó en la iglesia como un trueno divino. La sangre salpicó el altar. El cuerpo del padre Ramón cayó hacia atrás, inerte, con una expresión de paz absoluta en el rostro.

El efecto fue inmediato e indescriptible.

La grieta aulló —un sonido que no era humano ni animal, sino el grito de miles de almas condenadas al mismo tiempo—. La mano negra se retorció en agonía, quemándose como si tocara fuego sagrado. El humo negro brotó en torrentes, pero no para atacar: para huir. La masa amorfa que era Legión se contrajo,

chillaba de furia y dolor, intentaba aferrarse al portal que se cerraba.

Había engañado al demonio. Lo obligó a cumplir su parte, y esta era irrevocable.

El padre Ramón también estaba obligado a cumplir su parte; pero en vida, al suicidarse, cometió un acto prohibido, un pecado grave que le impedía hacerlo.

No obstante, ante Dios puede hallar el perdón y la paz, si aquello fue consecuencia de ciertos factores como la desesperanza.

En cuanto se quitó la vida, su alma quedó libre de posesión y ascendió de manera directa. Lo vimos: una luz blanca y brillante salió de su cuerpo y se elevó hacia el techo, rompiendo un vitral en una explosión de colores. La Legión, engañada, traicionada en su propia astucia, perdió su ancla final.

La grieta se cerró con un estruendo que sacudió los cimientos. El humo negro fue succionado hacia el interior, mientras aullaba nombres que nadie entendió. Las sombras restantes se disolvieron en chillidos de rabia impotente.

Y luego... silencio.

Un silencio absoluto, bendito.

Las velas se encendieron solas. El aire se purificó. La iglesia volvió a oler a incienso y cera, no a azufre.

Nos arrodillamos junto al cuerpo del padre Ramón, lloramos sin consuelo. Su rostro estaba sereno, casi sonriente. En su mano derecha aún apretaba el rosario; en la izquierda, la pistola humeante.

Había ganado.

No con un pacto.

Sino con la mayor rebeldía posible contra el mal: negarle la victoria hasta el último aliento.

Días después, la iglesia reabrió. Las misas volvieron a llenarse, más que nunca. Los feligreses regresaron, atraídos por rumores de un «milagro». Nadie supo nunca la verdad completa. El obispo vino, investigó, declaró que el padre Ramón había muerto de un «infarto fulminante».

Pero nosotros sabemos.

Y cada domingo, cuando la campana suena y la gente entra cantando, sentimos su presencia. En la luz que entra por el vitral reparado. En la paz que llena el lugar.

Legión fue derrotado.

Por un sacerdote que prefirió morir libre... a vivir esclavo.

Aunque el mal acecha sin descanso, la luz de un acto de amor puro basta para iluminar siglos de tinieblas.

## EPÍLOGO

**H**an pasado años desde aquella noche en San Rafael. La iglesia volvió a llenarse de fieles, las campanas suenan de nuevo los domingos, y los niños corren por la plaza sin miedo. La grieta se cerró para siempre; el piso fue reparado y cubierto con un mosaico nuevo que representa al Buen Pastor. Nadie habla ya de sombras ni de gritos nocturnos. La colonia prefiere recordar al padre Ramón como un santo discreto que murió de «causas naturales», víctima de su entrega total a la parroquia.

Pero nosotros sabemos la verdad.

Sabemos que el padre Ramón, en su última hora, ejecutó la astucia más grande de todas. No fue un pacto desesperado, sino una trampa perfecta, forjada en noches de oración y sufrimiento. Ofreció su alma no para rendirse, sino para obligar a La Legión a cumplir su parte del trato antes de que pudiera reclamarla. Y cuando la entidad, ansiosa y confiada, liberó a las almas cautivas—Ruiz, Jacinto, la esposa, los niños, los feligreses de décadas—pensando que la victoria era suya, Ramón lo sorprendió, al no poder cumplir el acuerdo en el instante preciso.

El viejo revólver, herencia de su padre policía, siempre guardado en el fondo de un cajón como reliquia familiar, salió de su sotana con rapidez serena. El disparo fue seco, definitivo. La bala atravesó su sien antes de que la mano negra pudiera tocarlo. Su alma, libre de cualquier marca demoníaca, ascendió en luz pura, protegida por el sacrificio voluntario que la Iglesia, en su rigor, podría debatir, pero que Dios, en su misericordia, aceptó.

La Legión, engañado, traicionado en su propia arrogancia, perdió todo. El trato roto lo despojó de su ancla. La grieta se cerró con un estruendo que sentimos en los huesos, al tiempo que

succionaba el humo negro hacia un abismo del que ya no pudo regresar. Las almas liberadas subieron al cielo; nosotros las vimos como destellos de luz que rompieron los vitrales en una lluvia de colores.

El padre Ramón nos salvó a todos. No con un milagro espectacular, sino con la inteligencia de quien conoce al enemigo mejor que el enemigo mismo. Supo que La Legión, en su orgullo, aceptaría cualquier trato que oliera a victoria. Y lo usó en su contra.

Hoy, cuando entro a San Rafael, me arrodillo frente al altar y miro el mosaico nuevo. A veces, en el silencio de la misa temprana, creo sentir su presencia: una mano en el hombro, un susurro de paz. Ana se casó y tiene dos hijos que bautizó en esa misma pila. Miguel estudia teología. Pedro es catequista. Carlos y su familia viven cerca, y nunca faltan a la misa dominical.

Yo... yo aún llevo la cruz que él me dio. Y cada noche, antes de dormir, rezo por su alma. Porque, aunque la Iglesia no canoniza a quienes se quitan la vida, nosotros sabemos que el padre Ramón no se suicidó por desesperación.

Se sacrificó por amor.

Y en eso, fue más Cristo que muchos santos.

La Ouija quedó en el pasado. El portal se cerró para siempre.

Y aunque el mal siempre acecha en algún rincón del mundo, esa noche, en San Rafael, la luz venció.

# AGRADECIMIENTO

Queridos amantes del terror.

Cuando comencé a escribir *La Ouija*, nunca imaginé que llegaría tan lejos ni que tocaría tantas almas inquietas como las tuyas. Esta novela nació de una mezcla de recuerdos de infancia —esas noches en que escuchábamos historias de terror bajo la luz tenue de una vela— y de la fascinación eterna por lo que acecha en las sombras cuando todos duermen. Quise contar una historia que no solo asustara, sino que también hablara de amistad, de fe, de los errores que cometemos por querer crecer demasiado rápido y de la fuerza que surge cuando, a pesar del miedo, elegimos quedarnos juntos.

Gracias por acompañarme en este viaje oscuro por las calles de la Ciudad de México, por las casonas de la época porfiriano llenas de secretos, por los pasillos de la iglesia de San Rafael y por ese sótano donde todo comenzó. Gracias por temblar con las apariciones de Esteban Ruiz, por contener la respiración cuando el demonio súcubo susurraba promesas prohibidas, por sufrir con cada posesión —porque sé que algunos dudaron— cuando el padre Ramón tomó su decisión final.

Ustedes, los verdaderos amantes del terror, son los que hacen que valga la pena escribir estas historias. No temen mirar al abismo; al contrario, se asoman con curiosidad, con respeto, sabiendo que el miedo es también una forma de entender la vida. Ustedes entienden que el horror no solo entretiene: refleja nuestras propias sombras, nuestros deseos más profundos, nuestras culpas y nuestras esperanzas. Por eso, cuando alguien no pudo dormir después de un capítulo, o que reza un Padre Nuestro antes de apagar la luz, o que piensa dos veces antes de tocar una tabla Ouija vieja, siento que la misión está cumplida.

Gracias por haber confiado en mí durante trece capítulos y un epílogo. Gracias por haber permitido que estos personajes — Juan el protagonista aterrorizado, Ana la escéptica, Miguel el valiente, Pedro el fiel, Carlos el redimido y, sobre todo, el padre Ramón— vivieran en sus mentes y en sus noches. Gracias por haber sentido el frío de la grieta, el olor a azufre, el peso de las sombras que susurraban «únanse a nosotros».

Esta novela es, en gran parte, suya. Cada comentario, cada mensaje, cada «no puedo parar de leer» fue combustible para seguir escribiendo incluso en las madrugadas más difíciles. El terror es un género que vive de la complicidad: entre escritor y lector se teje un pacto silencioso de no mirar hacia otro lado cuando lo oscuro aparece. Ustedes cumplieron ese pacto con creces.

Si alguna vez pasan por una iglesia antigua en la noche, o ven una tabla Ouija olvidada en un mercado de antigüedades, o sienten un frío inexplicable en una habitación vacía... recuerden esta historia. Y recuerden también que, al final, la luz —la de la amistad, la de la fe, la del amor que no se rinde— puede ser más fuerte que cualquier Legión.

Gracias por leer hasta el final. Gracias por haber tenido el valor de llegar al epílogo y descubrir la última astucia del padre Ramón. Gracias por ser parte de esta pesadilla compartida.

Y si alguna noche oyen un susurro en la oscuridad... no respondan.

Con cariño, miedo y gratitud eterna.

El autor.

Obra protegida por derechos de autor



José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un destacado escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Desde su juventud, mostró un profundo interés por la lectura y la escritura, actividades que, aunque en un inicio estuvieron limitadas por sus múltiples ocupaciones, se convirtieron en el eje de su carrera creativa. Con una producción que abarca diversos géneros, su obra refleja una exploración constante de las emociones humanas, los conflictos sociales y los matices de la imaginación, consolidándolo como una voz relevante en la literatura contemporánea mexicana.

Autor de once novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea.

Además de su trabajo como novelista, ha participado de manera activa en antologías internacionales, lo que demuestra su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su obra trascienda fronteras, para conectar con audiencias de diferentes culturas y contextos. En la actualidad conformó una comunidad literaria internacional integrada por escritores de diversos países de habla hispana, con el propósito de publicar las antologías *Ecos de Terror Paranormal* y *Ecos de Terror: Posesiones Demoníacas*.

Aún sigue participando en diversos concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas.



Obra protegida por derechos de autor